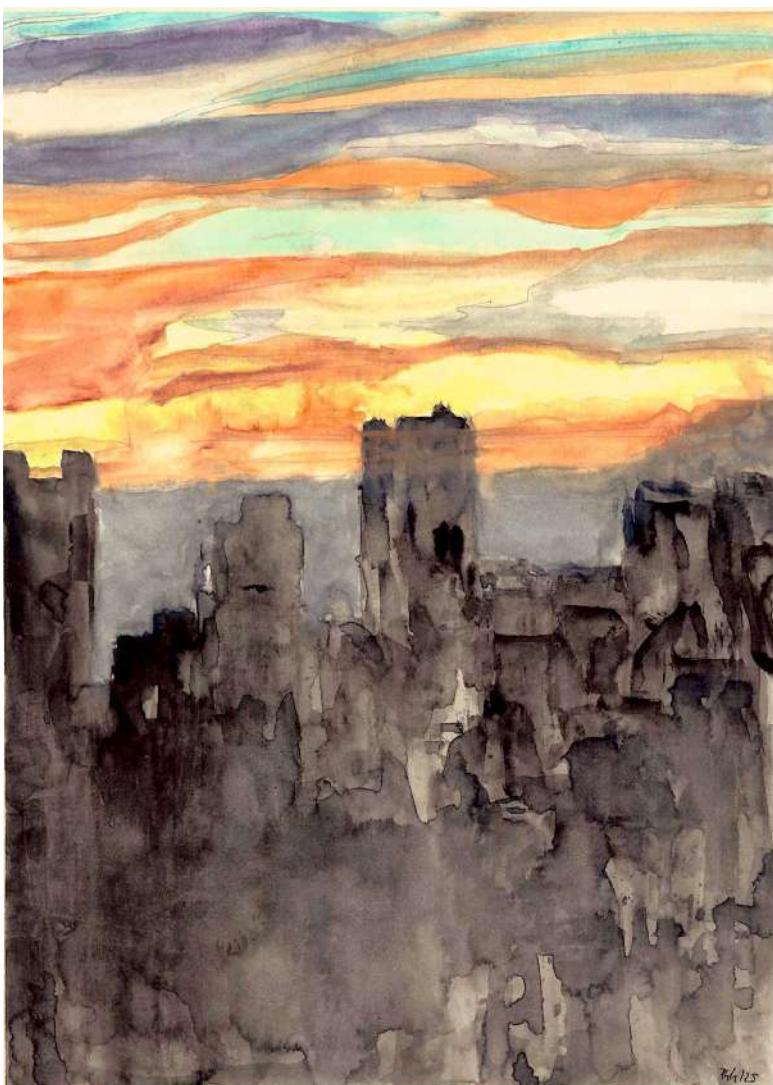


ISSN 0120-0216



# aleph



enero/marzo, 2026. Año LX

Nº 216



ISSN 0120-0216  
Resolución No. 00781 Mingobierno



La imagen de carátula elegida sugiere quizás un presente incierto, siempre mirando el camino a seguir a través del lenguaje de las nubes, que atrapa con ojo sabio el Interventor de Crepúsculos.

*Pilar González-Gómez*

### **Consejo Editorial**

Luciano Mora-Osejo (✉)  
Valentina Marulanda (✉)  
Heriberto Santacruz-Ibarra  
Lia Master  
Marta-Cecilia Betancur G.  
Carlos-Alberto Ospina H.  
Andrés-Felipe Sierra S.  
Carlos-Enrique Ruiz

### **Director**

Carlos-Enrique Ruiz

Tel. +57 3127313583  
<http://www.revistaaleph.com.co>  
e-mail: carlosaleph@gmail.com  
Carrera 17 N° 71-87  
Manizales, Colombia, S.A.

Diagramación:  
Andrea Betancourt G.  
Impresión:  
Xpress - Estudio Gráfico y Digital

enero/marzo 2026

# **aleph**

Año LX

# Para Aleph-216 CICLOS



La tierra hace la elipse que desencadena un ritmo,  
lluvias que cuentan la música de su insistencia,  
luz amarilla que germina las cañas de trigo,  
satélite de ambar que festeja en luna llena,  
su vuelta a la tierra en eterno retorno del verano, de lo tono  
gira su eje, y la tarde incandescente es la rosa de los amantes  
la larga noche del invierno, la luz sin noche de diciembre;  
todo vuelve en la cadencia, todo se ajusta al ritmo:  
~~el~~ mar que doblega rumoroso a la luna del plamar,  
~~el~~ navío del naufragio atrapado a los zargazos,  
~~el~~ submarino perdido en insondables encierros,  
~~el~~ húque fantasma de los condenados en nichinas glaciares,  
~~el~~ sueño en los ámbitos laberínticos de la noche  
que dispone las palabras, las metáforas, la locura.  
Todo lo hace un ritmo divino y luminoso en veinticuatro horas  
va el vaiven de la tierra en hemisferios que ella tuerne,  
en el idioma de solsticios y equinoccios que hará polvo la historia  
y volverá la rosa de Omar Jayán  
y la tibieza del cordón umbilical.  
El solsticio destroza los narcisos espejos,  
misterioso ilumina a los estanques.

Rubén D. Flórez Arcila

Bogotá agosto del 2025

Rubén D. Flórez-Arcila

# Manifiesto por la vida

Pedro Zapata P.

**L**a niebla, vientre materno que acunó nuestras primeras infancias. Paisaje imborrable por las pendientes rocosas del deseo, inevitable erotismo bautizando con luz solar, nuestros primeros silencios.

El juego es el natural rostro de toda esperanza. Multicolor memoria, atravesando las fantasmales sombras del miedo, por las batas-faldas amenazantes de las gitanas, leyendo la palma de la mano, de los hombres del barrio, tíos, primos y uno que otro forastero.

Universo de la escuela, cicatriz en las tímidas manos de la naciente mendicidad, dogmatismo de roncas fonéticas, dictados interminables, negación de la pregunta, aprendizajes de memoria, cuerpos sedentarios, prematura fatalidad de lo humano.

La adolescencia, poética de la transgresión, nacimiento de soledades, rebelde búsqueda de lo nuevo posible, primer beso clandestino entre la niebla, temblor en los labios para toda la vida.

Juventud escénica, indignación del cuerpo y la palabra, creación, goce y sufrimiento. Carcajada y llanto, denuncia y encubrimiento.



La adultez, pesado trasteo por la tierra, fiesta del vivir, celebración sagrada de la existencia. Fatiga del tiempo sin tiempo, evangelio cansado. Frágil ternura, tomando de la mano a los nietos, para acompañar estos grises tiempos de horribles bombardeos, ordenados por hombres que dejaron en alguna esquina del mundo, olvidadas sus infancias.

Caravanas de pájaros y mariposas llevan por los cielos alertas y esperanzas, tratando de anidar los restos de humanidad que nos quedan, inventando tonadas para los caminos y ecos expandidos por las rutas del buen vivir.

Aquí estaremos siempre. En la paciente espera por el saber sagrado de las niñas y los niños, con sus metáforas y visiones de mundo, humanas, variopintas. Estaremos a la espera de las invenciones de los adolescentes del planeta, sumergidos hoy en unos silencios que no alcanzamos a descifrar plenamente.

Estaremos solicitando a los dioses de la complicidad justa, para que sus travesías y travesuras, sean de la más profunda vecindad creativa.

Y de manera festiva, solicitamos que los testimonios de nuestros mayores, inspiren los tiempos de la educación, con el pensamiento del monje Lluis Duch: “La escuela está para empalabrar el mundo”. En exploracion de un planeta verdadero, humano, solidario, pacífico, creativo, por los siglos de los siglos....

Necesitamos decidir amorosamente cuál es la razón esencial del existir colectivo, desde ahora hasta siempre.



*Bordados de Livia.*

# Dos centenarios en el 2026: Cepeda-Samudio y Rogelio Echavarría

Claudia De Greiff

## Entre la transición y la modernidad



**L**a literatura nacional del siglo XX experimentó profundos cambios, singularmente desde la década de 1940, cuando el país entró en una espiral de violencia bipartidista, modernización urbana y efervescencia cultural. El conflicto entre liberales y conservadores produjo desplazamientos masivos, persecuciones y una profunda fractura social. La literatura reaccionó convirtiéndose en un espacio de denuncia, memoria y reflexión, en testimonio y en acto de memoria.

En el marco de estas transformaciones, Álvaro Cepeda-Samudio (Barranquilla, 30 de marzo de 1926 - Nueva York, 12 de octubre de 1972) y Rogelio Echavarría-Múnera (Santa Rosa de Osos, 27 de marzo de 1926 - Bogotá, 29 de noviembre de 2017), surgieron como autores que desafiaron el costumbrismo dominante y plantearon nuevas formas de narrar y poetizar la realidad. Sus obras no solo modernizaron el lenguaje literario, el cinematográfico

y el periodístico, sino que también ofrecieron miradas particulares sobre la identidad, la ciudad, la memoria y el poder.

Dos universos que buscaron observar y transmitir, con agudeza, otras maneras de ver la realidad, enmarcándola en su contexto generacional y en los sucesos históricos de su tiempo: uno, desde la fragmentación narrativa y la denuncia política, y otro desde la introspección poética y la contemplación urbana.

Aunque el Realismo Social (1929-1955: violencia rural, pobreza, tensiones políticas), el *Existencialismo*, (1945-1967: posguerra, violencia bipartidista, crisis cultural), el *Realismo Mágico* (1958-1974: modernización, Frente Nacional, auge de García Márquez), y un periodismo cuyo desarrollo se manifestó a través de un estilo de crónica, no transformaron de inmediato la narrativa y la poesía colombianas, sí fueron pilares de una renovación profunda que estallaría en las décadas siguientes.

Al intentar comprender la obra de estos dos autores de la literatura colombiana, resulta inevitable recordar al polifacético pintor y escritor suizo *Friedrich Dürrenmatt*, quien afirmaba que “*la literatura ha sido desde siempre un exacto sismógrafo*”. Ellos, registraron los ‘movimientos sísmicos’ —sociales, políticos y culturales— que sacudieron al país. Sus obras, cada una a su manera, captaron las fracturas, tensiones y búsquedas de una sociedad que entraba en la modernidad con pasos inciertos, pero decisivos.

Este es un brevísimo homenaje a dos figuras destacadas en el panorama de la literatura colombiana, cuyos centenarios merecen ser celebrados durante este año 2026, no solo por su valor histórico, sino por la vigencia de sus preguntas, sus formas y sus silencios. La intención no es realizar un análisis exhaustivo de sus aportes en los campos que abordaron, sino proponer una evocación de sus legados, sin duda significativos y aún presentes.

Aunque transitaron por caminos distintos —el primero desde la narrativa caribeña y el segundo desde la poesía urbana del interior— ambos compartieron su sensibilidad crítica frente a su país natal, expresada mediante un estilo propio, que transgredió las formas tradicionales de la literatura , el cine y el periodismo, desde un mismo contexto histórico, marcado por la violencia política, la urbanización acelerada y la irrupción de nuevas corrientes culturales.

La obra literaria de *Cepeda Samudio* está atravesada por el Caribe, su oralidad y su memoria histórica. Incorporó técnicas del periodismo narrativo para dinamitar la novela tradicional. Sus crónicas, ensayos y columnas -publicadas sobre todo en periódicos de la Costa Atlántica como *El Heraldo* de Barranquilla y en diversas revistas nacionales- se distinguieron por un estilo minucioso, cercano al guión cinematográfico, y por una reflexión crítica que desafiaba las convenciones de la prensa de su tiempo.

Fue plenamente consciente de la necesidad de renovar el lenguaje periodístico a uno narrativo y creativo, rompiendo con la retórica ornamental y la solemnidad rígida que dominaban los medios de su época. Sentó así las bases de una estética que Gabriel García Márquez proyectaría internacionalmente, consolidando el vínculo entre literatura y periodismo como motores de modernización cultural en Colombia.

El trabajo periodístico de Rogelio Echavarría se orientó principalmente hacia la crítica literaria, el ensayo y la divulgación cultural. Su aporte puede entenderse como la construcción de una auténtica *cartografía de la literatura nacional*, un gesto fundacional del periodismo cultural elevado al rango de estudio académico. A través de fichas concisas y datos biográficos y bibliográficos, desarrolló una labor de archivo esencial que solo un periodista metódico era capaz de emprender. Este esfuerzo culminó en su proyecto antológico *Quién es quién en la poesía colombiana*, obra que nació de la necesidad de catalogar y sistematizar la producción poética del país. Echavarría no se limitó a publicar poemas: también escribió sobre poesía y literatura, consolidando un espacio de reflexión y análisis.

Así, mientras Cepeda Samudio impulsó la renovación formal del periodismo narrativo, Echavarría se convirtió en el archivista y crítico que dio estructura y legitimidad a la escena literaria emergente, asegurando su permanencia en la memoria cultural.

Sin caer en reduccionismos ni encasillar sus trayectorias en escuelas rígidas, es pertinente recordar que Cepeda Samudio formó parte del *Grupo de Barranquilla*, un núcleo creativo que apostó por la experimentación estética donde lo que primaba era un profundo sentimiento de amistad y camaradería. Echavarría, por su parte, se vinculó a los *Cuadernícolas* y más tarde a la generación de *Mito*; colectivos que privilegiaron la reflexión crítica, la depuración formal y la consolidación de un pensamiento literario moderno en el país. Estas filiaciones no determinan por completo sus obras,

pero sí permiten comprender los horizontes culturales desde los cuales cada uno contribuyó a transformar la literatura y el periodismo en Colombia.

Ambos autores, desde sus respectivos círculos, participaron de un clima intelectual que buscaba romper con la tradición y abrirse a nuevas formas de sensibilidad. En el Caribe, Cepeda Samudio encontró un laboratorio narrativo donde confluyeron la música, el cine, la oralidad popular y la influencia de la literatura norteamericana. En el interior del país, Echavarría halló en la poesía y en la crítica un espacio para pensar la modernidad desde la sobriedad, la observación minuciosa y la palabra precisa.

Si bien sus caminos estéticos fueron distintos, los dos compartieron una convicción profunda: la literatura debía dialogar con su tiempo, interrogarlo y, cuando fuera necesario, contradecirlo. Esa actitud crítica —a veces frontal, a veces silenciosa— les permitió renovar los lenguajes con los que Colombia se narraba a sí misma. Cepeda lo hizo desde la ruptura formal y la experimentación narrativa; Echavarría, desde la construcción paciente de una memoria literaria que otorgó visibilidad y orden a la poesía nacional.

En conjunto, sus obras revelan que la modernización cultural del país no fue un proceso homogéneo, sino una constelación de búsquedas individuales que, al entrecruzarse, ampliaron los límites de lo posible en la literatura y el periodismo. Por eso, revisitar sus trayectorias en este año de sus centenarios no es un gesto nostálgico, sino una oportunidad para reconocer la vigencia de sus apuestas y la profundidad de sus legados.

## Las tertulias irreverentes

Mas allá de simples reuniones informales entre amigos que intercambiaban ideas intelectuales, artísticas y sociales -donde la conversación fluía con libertad, humor y actitud crítica-, las *tertulias irreverentes* que surgieron primero en *El Café Automático*, en Bogotá, desde los años veinte y especialmente influyentes entre las décadas de 1930 y 1950 con figuras como León De Greiff, Luis Vidales, Jorge Zalamea, Ricardo Rendón y otros integrantes del grupo de *Los Nuevos*, impulsaron una ruptura con la retórica decimonónica y abrieron paso a una estética marcada por la ironía, el humor y la experimentación formal.

En este tránsito hacia una cultura más abierta, desacralizada y moderna, resulta fundamental la figura de *Julio Roca Baena* (1935–1992), periodista, escritor y pintor barranquillero. Compañero de estudios de *Gabriel García Márquez* en el Colegio San José, su vínculo con el grupo se cimentó desde la juventud. Más que un “discípulo” en sentido académico, *Roca Baena* fue un colaborador cercano y heredero intelectual de la visión periodística de *Álvaro Cepeda Samudio*. Trabajaron juntos en el *Diario del Caribe*, donde Cepeda ejercía como director, y compartieron una misma pasión por un periodismo moderno, directo y despojado de solemnidades, contrario a la rigidez retórica de la capital.

*Roca Baena* fue, además, uno de los analistas más lúcidos del legado del *Grupo de Barranquilla*. Señaló con claridad que no se trataba simplemente de un grupo de amigos bebiendo, sino de un colectivo que había fundado una nueva forma de narrar en Colombia, especialmente a través de la revista *Crónica*, dirigida por Cepeda Samudio. Su lectura crítica permitió comprender que la renovación literaria y periodística del Caribe no fue un accidente festivo, sino un proyecto cultural deliberado.

Una de las ideas más sugerentes que *Roca Baena* desarrolló —recogida en *La Cueva: crónica del Grupo de Barranquilla* (2002) del guionista y director de cine y televisión Heriberto Fiorillo— es la defensa del café o el bar como verdadero centro de la cultura moderna, en oposición a los salones literarios franceses. Mientras estos últimos eran espacios aristocráticos, cerrados y regidos por estrictas jerarquías, el café funcionaba como un territorio horizontal donde el intelectual podía mezclarse con el músico, el escritor y el pintor. Allí la dinámica no dependía de discursos preparados ni de etiqueta, sino de la tertulia espontánea, el chiste, la ironía y la “mamadera de gallo”. Para *Roca Baena*, la cultura debía vivirse y discutirse con sentido crítico, entre el humo del tabaco y el ruido de los vasos, no exhibirse bajo candelabros en salones elegantes.

Sostenía que el bar era el lugar donde la literatura se despojaba de la retórica para volverse humana. Comparaba *La Cueva* con los bares de la Generación Perdida en París —donde Hemingway y Faulkner bebían— y afirmaba que ese ambiente de libertad creativa era imposible en los salones franceses, asfixiados por sus reglas de etiqueta.

Hacia los años cuarenta y cincuenta, en *La Cueva*, en Barranquilla, *Álvaro Cepeda Samudio* formó parte de un ambiente creativo que se convertiría en

símbolo de desacato, ruptura y transgresión frente a las normas culturales y literarias de su tiempo. La tertulia funcionaba como un acto de libertad intelectual: un espacio donde el humor caribeño, la exageración narrativa, el juego verbal y la crítica mordaz —con altas dosis de humor negro— se transformaban en herramientas para desafiar la solemnidad literaria dominante.

Allí se reunían *Gabriel García Márquez*, *Germán Vargas Cantillo*, *Alejandro Obregón*, *Enrique Grau*, *Orlando Rivera "Figurita"*, *Alfonso Fuenmayor* y don *Ramón Vinyes*, escritor, dramaturgo y librero, conocido como el «Sabio Catalán», quien fue el mentor intelectual del *Grupo de Barranquilla* y puente entre la tradición europea y la sensibilidad caribeña.

Otros asistentes frecuentes y cercanos al círculo, cuya presencia enriqueció el ambiente intelectual y artístico de la época fueron:

*José Félix Fuenmayor*, escritor, poeta y periodista. Fue uno de los renovadores de la literatura colombiana y figura esencial en la consolidación del espíritu moderno que animó al grupo. *Héctor Rojas Herazo*, escritor, poeta, periodista y pintor. Es uno de los grandes nombres de la literatura del Caribe colombiano. *Cecilia Porras*, pintora y dibujante. Fue una de las artistas más importantes del modernismo en Colombia y diseñó portadas icónicas para las primeras ediciones de libros de *García Márquez*. *Juan Antonio Roda*, pintor y grabador (español nacionalizado colombiano). Es considerado uno de los artistas más influyentes del siglo XX en el país, especialmente en el dibujo y el grabado. *Marta Traba*, crítica de arte, escritora y académica. Fue la voz más influyente y polémica del arte en Colombia, impulsando el arte moderno y fundando el Museo de Arte Moderno de Bogotá (MAMBO). *Nereo López*, fotógrafo y cronista visual. Es uno de los fotógrafos más importantes de la historia de Colombia; documentó la vida cotidiana, el Caribe y eventos históricos. *Plinio Apuleyo Mendoza*, periodista y escritor. *Eduardo Arango*, periodista y cronista. *Rafael Escalona*, compositor de música vallenata. *Consuelo Araújo* («La Cacica»), periodista, gestora cultural y política. *Roberto Prieto*, pianista. representaba la faceta musical y bohemia que alimentaba las discusiones sobre arte y cultura caribeña, integrándose perfectamente en esa versatilidad de escritores, pintores y periodistas que definieron el modernismo en Colombia. *Meira del Mar*, reconocida como una de las grandes poetisas de América Latina.

*La Cueva* no fue solo un bar; de manera reiterativa mencionamos que fue un espacio de innovación y modernización narrativa, un territorio donde *Cepeda Samudio* encontró el impulso para dinamitar la novela tradicional y renovar el periodismo narrativo colombiano. Con el tiempo, *La Cueva* se

convirtió en un símbolo de la vida cultural barranquillera y, en 2004, fue declarada Bien Público Nacional por su valor histórico.

Aunque separados por geografía y por una generación, *Los Nuevos* y el *Grupo de Barranquilla* compartieron una misma vocación de insubordinación. Ambos entendieron la tertulia como un espacio de resistencia: un lugar donde la conversación libre, la crítica aguda y la experimentación estética se convertían en motores de transformación literaria.

Así, mientras Cepeda Samudio encarnaba la modernidad irreverente del Caribe, Echavarría representaba la modernidad reflexiva y estructural de Bogotá. Ambos, desde lugares distintos, prolongaron el impulso transformador que había comenzado en el *Café Automático*.

Elevemos entonces esta idea al nivel de una *categoría cultural sui generis* donde escritores, pintores, periodistas e intelectuales a través de la *bohemia*, -sin caer en superficialidades-, transformaban la crítica en creación y el buen y cáustico humor en herramienta de pensamiento.

Antagónicamente, a finales de los años cuarenta, surgieron *Los Cuadernícolas*, grupo al que se vinculó Rogelio Echavarría, cuya apuesta era por una poesía depurada y moderna. Él, se movía en los círculos literarios y periodísticos bogotanos. Su vida intelectual se desarrolló entre redacciones, grupos literarios y proyectos de archivo.

La fundación de la revista *Mito* por Jorge Gaitán Durán y Hernando Valencia Goelkel, consolidó un nuevo tipo de tertulia bogotana: crítica, cosmopolita y filosófica. En torno a *Mito* se reunieron escritores como Aurelio Arturo, Eduardo Cote Lamus, Álvaro Mutis y el propio Echavarría. Allí se discutían las vanguardias europeas, el existencialismo, el psicoanálisis y las nuevas corrientes poéticas latinoamericanas. Estas tertulias no buscaban la irreverencia humorística, sino la insubordinación intelectual, cuestionando las estructuras culturales tradicionales desde el pensamiento crítico y la reflexión estética. Más tarde, en 1955, la *Revista Mito* consolidó una modernidad crítica y filosófica que profundizó la renovación intelectual del país.

*Los Cuadernícolas* y la generación de *Mito* desarrollaron sus propias formas de tertulia, con tonos distintos, pero igualmente transformadores. Propiciaron auténticos espacios de desacato intelectual, menos ruidosos, pero igualmente decisivos y ejercieron una ruptura silenciosa frente a la retórica grandilocuente que dominaba la poesía colombiana. Sus tertulias sobrias pero

insurgentes se caracterizaron por lecturas críticas entre pares, defensa del verso libre, rechazo a la poesía declamatoria y preservación de un tono íntimo, moderno y urbano, donde la irreverencia se expresaba como desobediencia estética, no como humor o exageración oral.

Las tertulias irreverentes en Colombia se convirtieron en un acto de resistencia, pues se oponían a la rigidez académica y a la centralización cultural, reivindicando la irreverencia como motor de modernización y como una forma de democratizar la cultura. Fueron, más allá de cafés o bares bohemios, espacios simbólicos donde la conversación inteligente se elevaba a un ritual cultural que consolidaba las ideas.

Así, mientras el Caribe encarnaba una irreverencia oral y festiva, Bogotá desarrolló una irreverencia analítica y moderna. *El Grupo de Barranquilla* y *Los Cuadernícolas -junto a Mito-* en Bogotá, fueron motores complementarios de la transformación literaria del país. En ese mapa, *Álvaro Cepeda Samudio* representa la modernidad narrativa y periodística nacida del juego verbal caribeño, mientras *Rogelio Echavarría* encarna la modernidad reflexiva que se gestó en las tertulias bogotanas, donde la crítica, la lectura rigurosa y la depuración formal se convirtieron en herramientas de renovación cultural.

## **La Casa Grande, La langosta azul y El transeúnte**

*La Casa Grande* es una obra literaria en el género de novela corta escrita a finales de la década de 1950 y publicada en 1962. Aborda la *Masacre de las Bananeras* de 1928, ocurrida en Ciénaga, Magdalena. *Cepeda Samudio*, su autor, entrelaza este hecho histórico con el drama íntimo de una familia terrateniente, mostrando cómo la violencia política se infiltra en la vida privada y en las estructuras sociales.

Para comprender plenamente el trasfondo histórico de *La Casa Grande*, es necesario recordar el papel que desempeñó la United Fruit Company, la poderosa empresa estadounidense que, desde comienzos del siglo XX, controló vastas extensiones de tierra, ferrocarriles, puertos y campamentos obreros en la Zona Bananera del Magdalena. Su presencia en Colombia —respaldada por el gobierno nacional y por la presión diplomática de Estados Unidos— configuró un modelo de explotación laboral basado en la subcontratación, el pago en vales y la ausencia de garantías mínimas para

los trabajadores. En la década de 1920, la compañía operaba prácticamente como un “estado dentro del Estado”, ejerciendo un poder económico y político que desbordaba cualquier límite institucional. Fue en este contexto que estalló la huelga de 1928 y, con ella, la Masacre de las Bananeras, un episodio cuya magnitud quedó envuelta en cifras contradictorias y silencios oficiales. Cepeda Samudio transforma este hecho en un símbolo literario de la memoria nacional, mostrando cómo la violencia ejercida por la empresa y legitimada por el Estado no solo marcó a los trabajadores, sino que dejó una huella profunda en la historia social del país.

Soldados, campesinos, familiares y testigos ofrecen perspectivas fragmentarias que se convierten en narradores colectivos más que en individuos. A través de testimonios, documentos legales, diálogos y monólogos, *Cepeda Samudio* articula diversos recursos narrativos que configuran un entramado de múltiples voces. En él se entrecruzan relatos disímiles que reconstruyen la memoria de la *Masacre de las Bananeras* con un marcado aliento de denuncia.

Fragmentos breves y significativos como “*Los soldados dispararon contra la multitud y los gritos se confundieron con el estruendo de las balas.*” O también “*Nadie sabe cuántos fueron los muertos. Unos dicen que cien, otros que mil. Pero todos recuerdan el silencio después de los disparos.*” evidencian que la violencia no constituyó un episodio aislado, sino que fue un componente estructural en el proceso de construcción del país.

Distintas voces aportan versiones contradictorias del mismo hecho reflejando la imposibilidad de fijar una verdad única sobre la violencia en Colombia. La ambigüedad en las cifras de muertos (“cien” o “mil”) subraya la manipulación y el ocultamiento histórico, mientras que la memoria del “*silencio después de los disparos*” convierte la ausencia de palabras en símbolo del trauma colectivo.

El autor convierte así, la literatura en un espacio de denuncia y reflexión cultural. Este planteamiento se encuentra respaldado por fuentes académicas como la Universidad del Valle y la Red Cultural del Banco de la República. El libro funciona como un ejercicio de memoria colectiva, articulando la memoria individual, histórica y mítica del país.

Desde lo social, encarna la lucha obrera y la desigualdad entre campesinos y terratenientes. La huelga y la masacre se convierten en símbolos de la explotación laboral y del choque entre clases sociales.

Sin duda, una obra literaria de violencia, distinta a las demás de su época, ya que no se centra en la violencia partidista de los años 40–50, sino en un hecho histórico anterior (1928), ampliando el horizonte de la memoria nacional. Fue la única novela publicada por *Cepeda Samudio*, lo que le otorga un carácter singular dentro de su producción literaria y dentro del *Grupo de Barranquilla*.

Su aporte radica en que introduce en la literatura colombiana una narrativa experimental, influenciada por el modernismo norteamericano y europeo, pero adaptada a la realidad histórica del país donde a partir de múltiples voces y perspectivas fragmentadas, evita la narración lineal tradicional.

Es considerada por la crítica literaria, una obra maestra de la modernidad narrativa en Colombia anticipando recursos narrativos que luego serían característicos del *Boom latinoamericano*.

## **La langosta azul**

Fue la primera película experimental de carácter surrealista en Colombia. Unió literatura, pintura, fotografía y cine desafiando y desmantelando las convenciones narrativas y visuales de su tiempo. Sin duda representó una ruptura con el cine costumbrista y melodramático de la época, convirtiéndose en un símbolo cultural del Caribe colombiano, mostrando cómo el grupo de artistas locales dialogaba con las vanguardias internacionales.

El cortometraje fue un experimento colectivo del *Grupo de Barranquilla* basado en un sueño de *Álvaro Cepeda Samudio*, que se materializó con imágenes absurdas en circunstancias absolutamente descabelladas: una langosta perturbadora y radioactiva, un gato que la roba, un agente secreto que investiga, y personajes que se mueven entre lo cotidiano y lo fantástico. La idea de partir de un sueño para construir el guion es fiel al manifiesto surrealista, que defendía el inconsciente y lo onírico como motores de creación.

Dura 29 minutos, fue rodada en *La Playa* -Barranquilla, en formato 16 mm, blanco y negro, silente hacia el año de 1954. Originalmente no tenía banda sonora, sin embargo, décadas después, el cortometraje fue musicalizado por *Francisco Lequerica*, quien creó y grabó un montaje musical original en 2022 para acompañar la versión restaurada del filme.

Las relaciones entre literatura y cine las establece *Cepeda Samudio y García Márquez* aportando la narrativa, los vínculos entre pintura y escenografía fueron dados por Enrique Grau y Cecilia Porras, pintores y artistas plásticos que se encargaron de la escenografía. Nereo López contribuyó a dar el toque de realismo y espontaneidad. Luis Vincens, cineasta catalán radicado en Barranquilla cooperó con el conocimiento técnico en la realización de la película.

Al año siguiente se exhibe de manera informal en círculos culturales de Barranquilla y Cartagena. La película es recibida como una rareza, más cercana al arte experimental que al cine comercial. En las décadas de 1960 y 1980, la película permanece guardada y es poco difundida. En el año de 1990, investigadores y críticos la rescatan como pieza fundacional del cine experimental colombiano, vinculándola al *Grupo de Barranquilla* y las vanguardias surrealistas. Su restauración en 2019 por la *Fundación Patrimonio Filmico Colombiano* reafirmó su valor como patrimonio audiovisual.

## El Transeúnte

Desde su título es una obra de poesía, altamente sugestiva: El “transeúnte” es: el que pasa, el que observa, el que transita por la vida. Escrita por *Rogelio Echavarría*, en verso libre, y considerada un poemario en expansión, ya que lo fue ampliando a lo largo de su vida, registra las fases de la vida del autor y su cotidianidad, explorando la experiencia de caminar la ciudad, la soledad, la memoria, el tiempo y la muerte. El poeta aquí es un observador anónimo, que cavila sobre la fugacidad de la existencia y la conciencia de lo efímero. Desde Bogotá y en el marco del grupo literario de los *Cuadernícolas* y la generación de *Mito*, abrió la poesía hacia un estilo sobrio que contrastaba con la irreverencia caribeña, pero que igualmente significó una ruptura con la retórica tradicional.

La obra se volvió un proyecto vitalicio: Echavarría la amplió durante casi 50 años, convirtiéndola en un testimonio poético de toda una vida, no la escribió de una sola vez. Según la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: una primera parte fue entre 1948 y 1952. La segunda, entre 1972 y 1991, y una última en los años 1992 y 1993. Organizada en tres partes, que corresponden a ciclos vitales del autor, se convierte en una especie de diario poético existencial.

Surge en una Colombia que pasa del campo a la ciudad, de la república conservadora a la modernización acelerada, con Bogotá transformándose físicamente —Le Corbusier, el Bogotazo, la violencia política— mientras Echavarría trabajaba como periodista en *El Espectador* y *El Tiempo*, desenvolviéndose en los círculos literarios de la capital. Ese entorno urbano y convulso se filtra de manera sobria y existencial en su poesía.

En una época en la que coexisten las herencias modernistas, las vanguardias, la poesía social y, más tarde, el coloquialismo urbano, *El transeúnte* ocupa un lugar singular: no declama, no se vuelve panfletario, pero es profundamente contemporáneo por su mirada a la ciudad, la multitud, el sujeto anónimo y el tiempo histórico que se desmorona. Su estilo poético interioriza la ciudad como experiencia existencial a través de una voz sencilla pero profunda.

La vida del periodista que recorre Bogotá asiste a eventos, frecuenta librerías y tertulias, se traduce en un yo poético que se sabe “en tránsito” y que nunca convierte la experiencia en discurso grandilocuente.

Aunque no fue un “hombre de grupo” en el sentido militante, está vinculado generacionalmente con poetas y críticos que renovaron la poesía colombiana de mediados del siglo XX. Su trabajo como antólogo y crítico lo pone en contacto permanente con las corrientes de la lírica hispanoamericana, y eso se refleja en una poesía que evita el retoricismo modernista, recoge el tono conversacional y urbano e incorpora preocupaciones existenciales.

Como antólogo y reseñista, Echavarría contribuyó a configurar el canon de la poesía colombiana; como poeta, su libro ofrece un modelo de cómo escribir sobre lo cotidiano sin caer en lo banal.

En conjunto, *El transeúnte* se destaca porque es una de esas obras que parecen “modestas” en el tono, pero que reorganizan la forma de mirar la ciudad, el tiempo y la propia vida desde la poesía.

En Cepeda, la modernidad se expresaba como desacato festivo y experimentación estética; en Echavarría, como contemplación ética y depuración formal. Dos temperamentos distintos, pero complementarios que, desde la narrativa, el cine y la poesía abrieron caminos paralelos hacia la modernización cultural de Colombia en la segunda mitad del siglo XX.

## Referencias bibliográficas

- Anderson, P. (2000). Los orígenes de la posmodernidad. Anagrama.
- Banco de la República. (s.f.). Colombia en el siglo XX: procesos culturales y sociales. Red Cultural del Banco de la República. <https://www.banrepultural.org>
- Cepeda Samudio, Á. (1962). La casa grande. Editorial Bedout.
- Echavarría, R. (1991). El transeúnte. Editorial Planeta.
- Echavarría, R. (2006). Poesía completa. Universidad Externado de Colombia.
- Franco, J. (2002). Decadencia y caída de la ciudad letrada. Debate.
- Fuenmayor, A. (1983). Álvaro Cepeda Samudio: Vida y obra. Universidad del Atlántico.
- Fiorillo, H. (2002). La Cueva: Crónica del Grupo de Barranquilla. Editorial Planeta.
- García Márquez, G., Cepeda Samudio, Á., & Obregón, A. (1954). La langosta azul [Cortometraje]. Producciones La Langosta Azul.
- González, F. (2002). Violencia y memoria en La casa grande. Revista Iberoamericana, 68(199), 345–360.
- Hobsbawm, E. (1995). Historia del siglo XX. Crítica.
- Jameson, F. (1991). El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado. Paidós.
- Jaramillo, M. (2008). Rogelio Echavarría: La poesía de lo cotidiano. Revista de Estudios Literarios Colombianos, 12(2), 45–60.
- López, N. (2004). La estética experimental en La langosta azul. Cuadernos de Cine Colombiano, 7(1), 23–34.
- Patrimonio Fílmico Colombiano. (s.f.). Cine y sociedad en Colombia: archivo y memoria. Fundación Patrimonio Fílmico Colombiano. <https://www.patrimoniofilmico.org.co>
- Patrimonio Fílmico Colombiano. (s.f.). La langosta azul: restauración y archivo. Fundación Patrimonio Fílmico Colombiano.
- Pineda Botero, A. (1998). El Grupo de Barranquilla y la renovación narrativa en Colombia. Universidad de Antioquia.
- Rama, Á. (1982). La ciudad letrada. Siglo XXI.

Red Cultural del Banco de la República. (s.f.). Álvaro Cepeda Samudio. Banco de la República.

Red Cultural del Banco de la República. (s.f.). La langosta azul: contexto y análisis. Banco de la República.

Red Cultural del Banco de la República. (s.f.). Rogelio Echavarría: vida y obra. Banco de la República.

Restrepo, L. (2010). La langosta azul: Vanguardia, cine y Caribe. Universidad del Norte.

Rotker, S. (2000). Ciudadanías del miedo. Nueva Sociedad.

Universidad de Antioquia. (2009). Poesía colombiana del siglo XX: estudios críticos. Editorial UdeA.

Universidad de Antioquia. (2010). Transformaciones sociales y políticas en Colombia durante el siglo XX. Editorial UdeA.

Universidad de Antioquia. (2012). Cine experimental en Colombia: orígenes y rupturas. Editorial UdeA.

Universidad del Valle. (2014). Modernidad, cultura y sociedad en América Latina. Editorial Univalle.

Universidad del Valle. (2015). Lecturas críticas sobre la narrativa colombiana del siglo XX. Editorial Universidad del Valle.

Universidad del Valle. (2018). Narrativas de la violencia en Colombia: aproximaciones críticas. Editorial Univalle.

Williams, R. (1977). Marxismo y literatura. Península.



Bordados de Livia.

# El cultivo de la Música Popular y la Clásica, en Colombia

Mario Yepes-Londoño

*Para Beatriz-Helena Robledo B., tras nuestras conversaciones a propósito de su notable biografía de Teresita Gómez (2023). Divagaciones de un aficionado acerca del surgimiento y las derivaciones creativas del folclor, y las polémicas estériles sobre todo ello.*



**V**eamos esta polémica cita de un autor rumano, el etnomusicólogo Constantin Brailoiu (1893-1958) traída a cuenta por Béla Bartók como epígrafe del segundo capítulo de su libro ESCRITOS SOBRE MÚSICA POPULAR (Siglo Veintiuno editores, México, 1985). Este es “el” libro clásico del tema desde el siglo XX, con razón.

La melodía popular... sólo existe verdaderamente en el momento en que se la canta o se la interpreta, y sólo vive por la voluntad de su intérprete y de la manera por él deseada... Creación e interpretación, aquí se confunden... en una medida que la práctica musical fundada en el escrito o el impreso ignora completamente.

## **Brailoiu, Esbozo de un método de folclor musical<sup>1</sup>**

Béla Bartók, entre sus muchos méritos como compositor que tanto se interesó en el folclor musical europeo y lo incorporó y reelaboró en su propia obra, y como intérprete de la música clásica del pasado o de su presente en el siglo XX, acierta en apoyarse en esta cita: él mismo fue un investigador directo, recolector de músicas populares en el centro y en el este de Europa, con énfasis en Hungría, su país, en Eslovaquia y en Rumania. Ilustra, pues, esa condición del folclor verdadero (popular para que seamos tautológicos), que también se puede aplicar al folclor “literario” antes de ser literario (como la labor de los Hermanos Grimm, las de Andersen o Perrault, o la de Afanasiiev y los formalistas rusos): es un producto de la cultura, o sea espontáneo, circunstancial, en parte condicionado por su auditorio (como el del cuentero *-story teller-* nada menos que la génesis de la épica y de los relatos de creación del mundo y del ser humano, o el del teatro y el espectáculo popular, callejero o rural). Desde los rapsodas, probablemente de cualquier origen geográfico sin el condicionamiento de la palabra griega, hasta sus similares de nuestro tiempo, vemos en la historia una diferencia (que no es de “calidad”) entre esa espontaneidad y simultaneidad de creación e interpretación que señala Brailoiu y acoge Bartók. Yo agregaría que esas espontaneidad y simultaneidad en buena medida se “recuperan” (y sólo como fenómeno del nuevo procedimiento creativo del intérprete no original) en improvisaciones posteriores como la del Jazz, pero que de todos modos no disuelven el claro planteamiento de Brailoiu- Bartók sobre la creación original invariable de la obra popular por razón de su ocurrencia espontánea y fugaz. A propósito, en el caso del teatro (popular o no, ilustrado y académico o no, producto de texto previo -pretexto- o no), cualquiera representación es única e irrepetible, aun cuando se vuelvan a decir y poner en escena las mismas palabras y acciones, y todos los lenguajes del actor y de las artes que hubo en el estreno.

Hay un punto básico para tener en cuenta: especialmente en el campo de la música, esos productos universalmente conocidos y a los cuales se refieren Brailoiu y Bartók son canciones o piezas instrumentales populares (y a veces con danza que conlleva su propia manifestación del folclor coreográfico) característicamente breves y con una estructura simple. Una diferencia funda-

1. Levi-Strauss reconoció la influencia que en su método tuvo el de Brailoiu.

mental con buena parte del repertorio reelaborado que conocemos como Arte: obras con estructuras extensas y complejas: por ejemplo, aquellas construidas mediante la forma sonata: sinfonías, conciertos para solista y orquesta, música de cámara; también la ópera y otras formas del teatro musical; oratorio, cantata, suites de danzas, música incidental para el teatro y el cine. Unas formas más próximas a las folclóricas por su brevedad, también frecuentemente de origen popular pero igualmente reelaboradas como las anteriores serían el **Lied** y la canción artística compuestas intencionalmente con acompañamiento de piano, de cuerda punteada o de conjunto.

Finalmente, es la diferencia entre el fenómeno de los productos de la Cultura y los de Arte, entre los espontáneos y los que han recibido “lo que puede la edición” (evocando el verso de Ricardo Carrasquilla), lo que Brailoiu señala al final del párrafo, o sea la obra ya recogida, reescrita gráficamente, o grabada o vuelta a interpretar: lista para la repetición. Y aquí, además, y sin pretender extenderme en eso, empieza el otro fenómeno: la “reproductibilidad técnica” de la que habla Walter Benjamin como una característica de nuestra época y, agrego, cuyas peores deformaciones en el campo de las artes autóctonas, auténticas, las veremos siempre a costa del folclor y a veces en otros lados. Bastaría reconocer el fenómeno tan notorio en Colombia de la diferencia entre el arte del vallenato auténtico de los cantores populares, y su reproducción industrial, masiva, en la producción comercial que con frecuencia sensible conducen a la degradación de la obra y del público y al enriquecimiento del “productor”, el otro, el mercader ignorante y voraz y los medios de difusión que lo sostienen con igual codicia. Por supuesto, esa industria no necesita suplantar al folclor ni a sus autores populares para producir masivamente sus clones o sus infinitas deformaciones, ya que puede -y lo hace- fabricar folclor con base en fórmulas degradadas. Igual se puede decir que ocurre con la copla, la trova, el contrapunteo, el bambuco caucano, las cánticas del altiplano cundiboyacense o de Santander y similares productos de la cultura popular dondequiera, empezando, cómo no, por la música indígena. En el fondo, el problema tiene que ver con la satisfacción del mercado y no del arte popular tanto para el emisor como para el receptor: los productos espontáneos nunca serán masivos, ni amplificados ni extendidos; tampoco lo son, sobre todo entre nosotros, los del Arte. El comerciante no puede esperar al creador: requiere la multiplicación inmediata, vendible, de un sucedáneo del arte, aunque llamen arte y artistas a sus agentes sin establecer diferencias de grado y nivel de elaboración formal.

Otro aspecto es el de aquella reelaboración del material de origen como el señalado por Brailoiu y Bartók, cuando el material popular espontáneo recogido en la investigación es reescrito, replanteado estructuralmente, asignado y transformado con timbres precisos del acervo instrumental o vocal de cualquier origen, puesto a significar en un contexto que cambia su propósito original (no sus sentidos espiritual o cultural a los que precisamente se están evocando), y otras muchas posibilidades de enriquecimiento formal de la obra: el recurso ya dicho de compositores dondequiera, amantes del folclor que se lo apropien y aún lo citan y lo retransmiten a su propia cultura académica y a otras “en odres nuevos” que en vez de vinagrar los valores prístinos les rinden admiración y proponen renovados productos.

Otro problema, que en febrero-marzo de 2023 volvió a cobrar importancia hasta el punto, se ha dicho, de provocar la salida de Patricia Ariza la Ministra de Cultura de Colombia (y este solo nombre entra en el galimatías de los conceptos, replanteado como Ministerio de las Artes, las Culturas y los Saberes), es cómo plantearse el asunto de las artes nacionales todas, y en particular en el espinoso terreno de a cuál o cuáles manifestaciones el Estado ha de dar privilegio en la educación general, en la formación de las personas para crear y proyectar; y en el estímulo financiero, logístico, de difusión, de notoriedad en la vida pública. Y vienen entonces, para el terreno que aquí más decididamente<sup>2</sup> estamos pisando (la música) las confusiones y las faltas de definición conceptual: ¿privilegio para “la música clásica” -o “académica”- a la cual para mayor confusión se suele llamar ‘culta’- o bien, privilegio para la música popular? Llegan entonces los enfrentamientos entre rigor científico y prejuicios, demagogias, populismos, clasismos; establecidos “principios políticos” inalterables, afirmación o rechazo del nacionalismo hirsuto.

Finalmente, los falsos problemas. ¿Qué impide finalmente no sólo la existencia, sino la promoción y la valoración estética simultáneas (informadas, distintivas de las particulares características) entre las músicas de cualquier origen y para cualquier propósito? La valoración, veámoslo de manera básica, no tiene por qué ser ni debe serlo imperativamente ejercida por parte de funcionarios del Estado ni de entidades privadas para producir efectos políticos

2. Aquí cabe recordar la frase “No hay música popular y música clásica sino buena música y música mala”, que he visto atribuida a Stravinsky, a Copland y a Duke Ellington. Yo agrego que hay una tercera, de una presencia abrumadora en estos tiempos: música boba. En Colombia gusta mucho, sobre todo en las Secretarías de Cultura que la usan y difunden para propósitos clientelistas y envilecedoras de todo el pueblo.

y de privilegio en ningún campo, especialmente en el de la educación y en el de la formación artística; selección y valoración (cuando son necesarias) que deben estar a cargo de especialistas. A mayor formación y mayor diversidad de ésta última, sin exclusiones distintas de atender a las expectativas de especialización, la cual precisamente requerirá la información rigurosa para elegir con criterio, habrá mayor posibilidad de que en un país, por elección libre de los creadores de formas breves, o bien, extensas y complejas a las cuales se suele con razón ubicar en la franja de Arte (como oficio, como habilidad, como trabajo invertido) se valore, recupere, divulgue y reelabore el arte (por ejemplo la música) que viene del territorio espontáneo, cada vez más escaso y marginado, de la cultura de verdadero origen popular, venga de donde venga. No debería ser orientación del Estado, ni de los recursos del público incluso cuando se depositan en arcas privadas, tanto para la educación general como para la formación de los artistas y del propio público como receptor, el privilegio de las formas llamadas arbitrariamente “artísticas” sin mínima reelaboración que apuntan sólo o parcialmente a producir renta destinada a los explotadores de artistas y público, productos y procedimientos de divulgación y promoción comprobadamente generadores de degradación estética, de rebajar el nivel de sensibilidad y refinamiento de la población. Fenómenos universales, que en Colombia tienen permanente instrumentación política partidista, con elementos ideológicos inducidos por la ignorancia o el simplismo políticos, frecuentemente incluso con propósitos electorales. Rentas de todo tipo.

Cuando Teresita Gómez, y un selecto número de pianistas entre los cuales siempre se debe incluir a Blanca Uribe, Harold Martina (ambos egresados de la Academia de Viena, como también lo es Arnaldo García Guinand, venezolano y colombiano), a Helvia Mendoza y a Ruth Marulanda o Lezlye Berrió o Juan Domingo Córdoba; compositores, guitarristas y tiplistas como Jorge Arbeláez, Gustavo Yépes o “El Chino” Luis Fernando León, Gustavo Adolfo Rengifo o Túlio Chinchilla (profesor de Derecho y músico) o en el campo vocal: mencionemos a uno solo ejemplar, Diver Higuita frecuente partenaire de Teresita, todos los que ahora y a lo largo de nuestra historia estudian, se sumergen en el conocimiento y practican conscientemente al mismo tiempo a Bach, Chopin, Mozart y a compositores de “música académica” (y entendemos la arbitrariedad del concepto aunque el producto no venga necesariamente de la Academia) -su maestría en Luis Antonio Calvo, Emilio Murillo, Heitor Villa-Lobos, Ernesto Nazareth, Ignacio Cervantes, Carlos Guastavino,

Adolfo Mejía, Alberto Ginastera, Astor Piazzolla, el mexicano Arturo Márquez; en el Ernesto Lecuona de ambos mundos; tango y otras músicas del Sur de América, productos asiáticos y africanos, jazz, bambuco, cumbia o innumerables sones del Pacífico, bolero, salsa, spirituals del Sur de Estados Unidos, música vocal o instrumental de nuestras dos costas marítimas, y otras formas de la música (y de la poesía que se asocian). Todos los dichos y muchos otros demuestran dos cosas: su apertura mental hacia formas musicales muy diversas pero para ellos convincentes porque no sólo no rebajan sino que ahondan y refinan su sensibilidad, su saber musical, portadoras como son de una de las mayores riquezas al alcance de la humanidad; y que lo hacen para su propia satisfacción como seres humanos y además para su formación como artistas; y para extender, ampliar, alcanzar a más seres humanos, incluidos, muy importante, sus colegas de oficio. Porque, en la medida en que son personas ilustradas, saben que todos esos sonidos y músicas espontáneas o elaboradas, anónimas o famosas y editadas, encuentran su mención, su eco, su ámbito y representaciones humanas y sociales en la literatura, la historia y en todas las Artes. En nuestra época, desde la invención del Cine y de todos los recursos audiovisuales, esa es una verdad incontestable como no sea por la ignorancia. Cuando se condena por desconocimiento o por demagogia a cualquier género (típicamente la Ópera supuestamente elitista pero igual podría ocurrir con cualquier producto del folclor) y se lo condena de una manera rotunda, se cae en un error elemental: la generalización, las afirmaciones absolutas; es como condenar el género novela porque las hay pésimas a cualquier luz, que no resisten análisis.

No es mi terreno, pero creo indispensable consignar aquí, por lo menos, que todo lo dicho para música, literatura y teatro también se aplica y de qué manera enfática, a la Danza. Aun considerando sólo la expresión más rigurosamente académica y clásica, el Ballet y sus asociaciones disciplinares con la Danza Contemporánea, es pertinente indagar en el repertorio (Tchaikovsky, Minkus, Copland, Bernstein entre tantos) y en los maestros de la coreografía, la inmensa evocación del folclor que conlleva ese arte “tan elitista”. Dos ejemplos contemporáneos: la inspiración de Aaron Copland en la música popular norteamericana y su asociación con las producciones coreográficas de Martha Graham (*Appalachian Spring*, *Salón México*, *The Tender Land*); y la de Leonard Bernstein con el Jazz o el Mambo y la obra de Jerome Robbins al mismo tiempo coreógrafo y codirector con Robert Wise en *West Side Story*. Ambos ejemplos hace rato clásicos del siglo XX.

Todos los mencionados arriba, como cualquier artista avisado y que se ve a sí mismo como lo que es, un intelectual poseedor de una conciencia y un saber que forman un criterio defendible: su constante en esas prácticas y estudios de lo popular espontáneo y de lo clásico (incluido lo clásico popular) es cumplir con el deber de advertir dónde está la alta elaboración. Y, no sobra pensarla y decirlo, existe también el derecho al ejercicio del libre desarrollo de la personalidad en la creación, incluso para caer como divertimento pasajero en la vulgaridad extrema, en lo estentóreo y chillón (rasgos de cualquier cultura) y en la exploración de otros rasgos de la condición humana: el contraste agudo (lo apolíneo y lo dionisíaco) siempre le pertenecieron a la cultura y al arte; pregúntele a Aristófanes, a Rabelais o a Cervantes, a los madrigalistas españoles, franceses, italianos o ingleses e irlandeses desde antes del Renacimiento o a Copland en sus canciones para barítono basadas en folclor del Medio y el Lejano Oeste. Derecho ese para la libre expresión de los individuos, no como políticas de Estado para la cultura y las artes, como cualquier intromisión normativa suya de prohibición u orientación en la cultura: experiencias pésimas como la del régimen militar argentino de los años 70, o las de tantas autocracias gobernadoras de la moral. Pero siempre será más atendible y convincente el estímulo al público para reconocer la alta elaboración de lo creado en términos formales y en exaltación de lo apolíneo. Para reconocerlo, no para volverlo norma.

Ahora bien, la propia Teresita Gómez y una legión de músicos, en ese entendimiento son consecuencia y herederos positivos de la convicción de superar la larga polémica que en Colombia tuvo picos como los siempre citados de Uribe Holguín y Antonio María Valencia en el Conservatorio Nacional (el magnífico biógrafo del segundo, el Maestro chileno y colombiano Mario Gómez Vignes lo reseña a cabalidad, amén de diversos ensayos suyos sobre estos temas, y él mismo arreglista de canciones populares para sus distintos coros) polémica en la cual toman partido sin volverse apóstoles (inútil empeño). Ellos, los de la polémica o los maestros herederos se apoyan en la importante tradición que los precedió y les dejó un repertorio considerable en todo sentido. Su mérito finalmente no es el de ser virtuosos o eruditos y excluyentes de estética alguna, sino en recoger esas tradiciones y divulgarlas y enaltecerlas con la constancia terca en la calificada interpretación y reconocimiento de lo notable de cualquier procedencia. Desde el siglo XIX, pero sobre todo a partir de la existencia de escuelas de música y conservatorios, pero, no menos importante, de estudios de sociología, de antropología, de

historia, de humanidades en general y de medios de difusión que permitieron el conocimiento de tanta obra olvidada o perdida o no divulgada. Sin remontarnos demasiado, en el siglo XX los estudios de etnomusicología de maestros como Ellie Anne Duque (sus estudios sobre la música de los días de la Independencia), Guillermo Abadía Morales, Egberto Bermúdez, el Padre José Ignacio Perdomo Escobar, y Octavio Marulanda en Bogotá; o, en Medellín, María Eugenia Londoño, Luis Carlos Rodríguez, Jorge Franco, Fernando Mora, Fernando Franco, Alejandro Tobón, León Cardona, Luis Uribe Bueno, Jesús Zapata, Jorge Arbeláez. Creadores como varios de los anteriores, entre muchos, como Gonzalo Vidal, el propio Arbeláez, Carlos Posada Amador, Luis Antonio Escobar, Gonzalo Vidal, Adolfo Mejía, José Rozo Contreras, Jesús Bermúdez Silva, Jaime León, Santiago Velasco Llanos, Carlos Vieco, Gustavo Adolfo Rengifo y Gustavo Yepes<sup>3</sup>. Por sus semejanzas y cercanías, los insignes venezolanos Juan Bautista Plaza y Aldemaro Romero (de éste bastaría conocer su maravillosa Fuga en ritmo de Pajarillo -llanero- para saber de buenos maridajes y recreaciones artísticas) y Blas Emilio Atehortúa, entre muchos, y los propios intérpretes que reclaman repertorio y nuevos públicos, son definitivos para esa apertura. Entre los divulgadores se impone mencionar dos nombres que se suman al ya señalado de Luis Carlos Rodríguez (magister en Historia por la Universidad Nacional de Medellín y médico de la Universidad de Antioquia): la profesora de matemáticas y pianista rusa Galina Likosova y Hernán Humberto Restrepo, refinado camarógrafo y codirector, todos investigadores y autores, con el patrocinio de la Universidad Nacional Sede Medellín, de la notable serie audiovisual INTERDIS sobre compositores colombianos. Y el público que, aparte los inevitables e insufríbles snobs (de lo clásico y de lo popular), el público cándido y bien dispuesto a que le den lo mejor, abre los oídos cuando esto le llega, y nunca olvida y pide que le repitan. Este tipo de público es la demanda que es urgente crecer e ilustrar para beneficio del arte.

3. Me quedo corto: en Cali (ya bastante pero insuficiente al mencionar a Antonio María Valencia, a quien se agregan Luis Carlos Figueroa, Heriberto Zapata Cuéncar -además investigador notable- Santiago Velasco Llanos o Alvaro Ramírez Sierra), en Popayán (Luis Antonio Diago, Sergio Rojas o Efraín Orozco); en Ibagué Alberto Castilla y una legión de compositores e intérpretes como en todo el país, que vincularon el folclor a la “música académica”.

## **Los coros universitarios**

En el recuento de las influencias que ayudaron a cambiar la perspectiva de lo meritorio y de lo admisible en este asunto en Colombia, hubo un fenómeno importante desde la década de 1960 hasta por lo menos la de 1980, increíble pero explicablemente abandonado (en Colombia estamos): el movimiento de los Clubes de Estudiantes Cantores. Curiosa y quizá paradojalmente: por entonces ya se da y llegará hasta nosotros la controvertida y muy ideológicamente tratada (incompleta, insuficiente argumentación que nunca se refirió al Arte por característica ignorancia de su importancia) la influencia de los planes de origen norteamericano (Plan Atcon) en el ordenamiento de los planes de estudio de las Universidades colombianas, que llevaron al énfasis en la investigación y para ello a la departamentalización de las Facultades y unidades académicas. Entre esas recomendaciones, además de la que condujo a la propia incorporación de la Música, el Teatro y las Artes Plásticas como estudios superiores, también aconsejó la formación de grupos universitarios para los estudiantes de otras disciplinas, entre ellas el Teatro, hubo una orientada por el Maestro Alfred Greenfield, notable director de coros (*Glee Clubs*) en Estados Unidos y bienvenida por músicos y compositores tan sólidos como el Maestro Luis Antonio Escobar. Bien pronto en la mayor parte de las universidades públicas y privadas de nuestro país se establecieron los Clubes. El repertorio propuesto incluía canciones tradicionales desde la Universidad medieval (la canción insignia que se cantaba cuando todos se reunían era el *Gaudeamus igitur, juvenes dum sumus*) cantada en latín y en castellano, clásicos de la polifonía europea, y piezas originales o versiones para coros mixtos, y femeninos o masculinos, de canción latinoamericana o norteamericana. Al menos una canción colombiana era obligatoria para presentarse cualquier coro en las eliminatorias regionales que elegían, con rigurosos jurados, a los que irían al Festival Concurso que cada año se cumplía en una ciudad distinta. Esa sola exigencia es la responsable de mucho nuevo repertorio coral colombiano y latinoamericano (amén de la apertura a otras naciones) que salió a la luz y del impulso a compositores y directores formados para hacer “arreglos” de otras fuentes. Entre los más destacados: Amalia Samper y Sergio Acevedo en Los Andes; Jiri Pitro en Cartagena; Gustavo Gómez Ardila en Bucaramanga; Alberto Carbonell en la Universidad del Atlántico; Fabio Hernández en la Universidad de Medellín; Gustavo Rodríguez y Artidoro Mora en la Universidad de Antioquia y Gustavo Yepes en ésta misma y en la Nacional de Medellín;

Elsa Gutiérrez, notable contralto, en la Nacional de Bogotá (aparte del coro mayor mixto ella dio el magnífico ejemplo de su Cuarteto Vocal masculino, una muestra exquisita de música vocal de cámara en la cual la música de regiones colombianas tuvo la mayor importancia, y descolló el antropólogo y primer contratenor colombiano que se reveló en el repertorio clásico europeo, Jorge López Palacio, también el primer cultivador no aborigen de la música indígena con su Grupo Yaki Kandru); el maestro belga León J. Simar en la Universidad del Valle, y el alemán Wolfgang Schneider en la del Cauca; todos divulgaron la música colombiana, oyendo la cual a nadie le importaba si era popular, o académica por el origen del coro. Y eran ambas, claro.

## **El problema de la formación**

A esta altura, y sabiendo todo lo dicho y que los más notables compositores de muchas procedencias han explorado todas las posibilidades de la música que estaban a su alcance, es ridículo pensar según el falso problema que ahora, con caída de ministra y sucesivas inestabilidades, se vuelve a presentar, pero que tiene la antigüedad de nuestras más entrañas tonterías: para no abundar, basta decir que proponer la idea según la cual la formación más rigurosa, la de Conservatorios y escuelas de música de todo origen, conduce a la ignorancia y la subvaloración de las músicas nacionales, del folclor, de la diversidad cultural y hasta de la propia existencia de las minorías, es por lo menos perder el tiempo. Tal postura no ha sido exclusiva del campo de la música por parte de demagogos y extremistas políticos: cuando este escribidor propuso la creación de la Escuela de Teatro en la Universidad de Antioquia en 1972 y años siguientes (se logró en 1975), se llegó a decir en asambleas por parte de autonombrados curadores del legado popular que “el teatro no se aprende en la Universidad sino con las masas” (¿?) y que la propuesta era, como engendro del PNUD (Plan de las Naciones Unidas para el Desarrollo) “uno de los planes del imperialismo para Colombia”. Esa genialidad contribuyó al tardío reconocimiento de la propuesta: no faltó el directivo universitario<sup>4</sup> que se negó a “contradecir a los voceros carismáticos del estudiantado”, como sostuvo entonces.

4. Hoy “alma bendita”, para que acudamos al folclor...

En cualquier parte del mundo el estudio de la etnomúsica ha ampliado el horizonte de toda la música; y de igual manera la formación rigurosa (aprender a leer y escribir la música; el contrapunto y la armonía; conocer su historia sin horizontes cerrados, formas y estructuras musicales, y composición, sin negar las ya existentes y conocidas pero sin imponer paradigmas; estudiar instrumentación, dirección de orquesta y de coros, música de cámara...) no atenta contra el folclor sino que ayuda a recuperar posibilidades de creación. Sin caer en la tontería que tanto gusta a animadores y algunos periodistas de “poner frac a la música colombiana”, propuesta asaz incómoda.

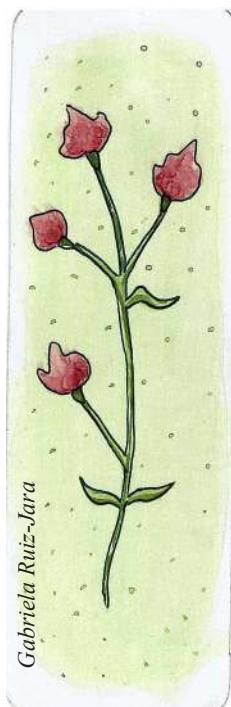
Estudiar herramientas, recursos y posibilidades, teorías y estado del arte (que llaman) es indispensable para el desarrollo y la creación (no el progreso, tampoco el regreso, nociones que no caben en la valoración o en la vigencia del arte o de cualquier disciplina humana). Negar, como lo ha hecho la izquierda boba y dañina para la universidad pública (no la rigurosa e informada) la formación en un arte que en la Universidad de hoy no es exclusivamente occidental u oriental, y que les ha servido a todas las formas y fuentes musicales para conservarse y contrastarse con otras, es una postura antiintelectual, antidialéctica, negadora de la posibilidad de la confrontación estética y de la crítica siempre necesarias. En nuestro caso las músicas indígenas, negras, andinas, caribeñas o llaneras de todas las procedencias, tienen en esa formación una aliada, no una enemiga de su supervivencia y valoración social. Claro, cuando quienes dirigen el Estado, la Academia y la Sociedad entienden algo y de verdad les interesa; no cuando están defendiendo posturas ideológicas a partir de su propia ignorancia y de un pernicioso nacionalismo que es una de sus consecuencias.



*Bordados de Livia.*

# **Reconocimiento del Japón a Guillermo Páramo-Rocha, Académico-humanista**

## **1. Ofrecimiento del Sr. Embajador Takasugi Masahiro**



Distinguidos asistentes,  
Familiares, amigos y colegas  
del profesor Páramo

Buenas tardes

**M**e complace saludarlos y darles una cordial bienvenida a esta ceremonia de entrega de la Distinción del Ministro de Asuntos Exteriores del Japón al doctor Guillermo Páramo Rocha.

Deseo, asimismo, expresar mis más sinceras felicitaciones al doctor Páramo por este merecido reconocimiento, otorgado en agradecimiento a su generoso y constante apoyo a las actividades relacionadas con la difusión del idioma y la cultura japonesa en Colombia, especialmente a lo largo de su destacada trayectoria académica y laboral en la Universidad Nacional de Colombia.

Demás está decir que durante su gestión, el doctor Páramo se distinguió por su tenacidad y compromiso con una transformación profunda del sistema educativo, orientada a descentralizar la educación superior y acercarla a las regiones del país. Gracias a su liderazgo, las brechas educativas entre regiones han disminuido continuamente por la apertura de diferentes sedes dentro del país, así como la puesta en marcha de UN Televisión, canal que fortaleció el vínculo entre la Universidad Nacional y la sociedad colombiana.

Siendo el gran conocedor del país, el doctor Páramo ha mantenido siempre un firme compromiso con el diálogo intercultural y la cooperación académica internacional. Fruto de este interés, en 1995 fue beneficiario de una beca de la Fundación Japón, que le permitió realizar una visita académica a universidades y centros culturales en diversas ciudades del país. Igualmente, ha estudiado por varios años la obra del profesor Hayao Kawai, brillante sicólogo clínico japonés y gran conocedor de la cultura japonesa, a quien el doctor Páramo tuvo el privilegio de conocer durante su visita al Japón. Aquellas experiencias, entre otras, consolidaron su vocación por el entendimiento mutuo entre nuestras sociedades y por la creación de espacios de aprendizaje y colaboración entre Colombia y Japón.

Junto con su esposa, la Sra. Luz Stella, sus profundos intereses por Japón y su cultura han servido, además, como un puente de amistad entre ambas naciones. Desde su labor docente y directiva, apoyó con especial entusiasmo las iniciativas orientadas al estudio del idioma japonés, los intercambios académicos y las actividades culturales que acercaron a estudiantes y profesores colombianos a la riqueza del pensamiento y las tradiciones del Japón.

Como rector de la Universidad Nacional de Colombia, fomentó un diálogo abierto con los estudiantes, del cual surgieron diversos grupos dedicados a la difusión de la cultura japonesa dentro de la institución. Gracias a su esfuerzo en traer voluntarios de JICA a la Universidad, se inició un valioso intercambio, del cual el Grupo de Cultura Satori se conserva como herencia. Ellos continúan compartiendo hoy en día la cultura japonesa mediante clubes de lectura, proyecciones de cine y actividades organizadas, en ocasiones, en colaboración con la Embajada del Japón en Colombia.

En este sentido, en reconocimiento por su contribución al fortalecimiento de la promoción de la cultura japonesa en Colombia y el mutuo entendimiento entre nuestros países, en nombre del Ministerio de Asuntos Exteriores del

Japón y del pueblo japonés, es un honor para mí hacer entrega del diploma de distinción, al tiempo que le reitero mi más sincera felicitación.

Muchas gracias.

## 2. Palabras de Guillermo Páramo, en respuesta

Saludo al señor Embajador, al señor presidente de la Academia Colombiana de Ciencias; a la señora representante de la Universidad Nacional; a los señores miembros de la Embajada; a la señora Sakihara, una colega muy importante en la Universidad Nacional, y a los demás invitados especiales.

Un pobre viejo con un cuenco con comida escribe tres versos; 17 sílabas en total: “El mundo está bien, otra mosca se ha parado sobre el arroz”. Se trata de un *haiku*, esa forma de poesía japonesa extraordinariamente breve, producto de una evolución del *tanka* del siglo VIII, que tiene el propósito, primero, de conectarse con la estación en el año y por eso con la naturaleza, y luego, de expresar un sentimiento que no se hace explícito sino que apenas se sugiere. Ese mismo viejo, muy pobre, ha escrito otros *haikus* parecidos: “Tratando de matar una mosca, rompí una flor”; “Cubierto de mariposas, el árbol muerto, florece”.

Se ha interpretado el primer *haiku* como una invitación a la mosca a compartir la pobreza; como una ironía sobre la propia miseria. Yo creo, sin embargo, que ese *haiku*, cuando se le pone a tono con los otros dos, expresa mucho más. El mundo está bien: ¡hay arroz!. El mundo está bien, hay moscas, ¡hay vida!. Ese es un sentimiento que se refleja en muchas de las obras artísticas japonesas, principalmente, las del periodo que mencionaba el señor Embajador, el momento en el cual el Japón está por abrirse a Occidente. Esa manera de pensar y de sentir me ha conmovido porque me vincula de manera personal con ese mundo cultural, pues yo también amo las moscas, las mariposas, los insectos.

Kobayashi, quien escribió este poema tiene muchos *haikus* sobre insectos; en ellos habla de las moscas, de las mariposas, de las libélulas, de las pulgas. Leyendo a Kōbō Abe, viendo la bellísima película, *La Mujer de la Arena*, encontré que una mirada fugaz a un insecto en la mente de ese artista puede contener la clave de toda una tragedia colosal. Un hombre camina por un desierto, que al parecer es la playa de Enoshima, caza insectos y ve uno que le

atrae. Lo captura, pero después es él, el cazador, quien es capturado. Una mujer que sale de un agujero de la arena en donde vive lo sepulta en un enorme pozo del cual el prisionero no puede escapar. La película estudia la tragedia de ese personaje que trata de salir, pero siempre fracasa, porque al intentarlo la arena se desmorona y se desploma. *La Mujer de la Arena* es una discusión trascendental, quizás sobre la vida, el destino, o la suerte.

Como me interesaron siempre los insectos, apenas ví el que capturaba el infortunado entomólogo supe que se trataba de una *Cicindela japónica*, un ‘escarabajo tigre’. Las *cicindelas* son conocidas porque en su estado larval hacen un orificio en la arena; allí esperan a sus víctimas, saltan como el mono de una caja de sorpresas para atraparlas y luego las devoran en el fondo de su habitáculo. La metáfora del insecto es muy propia de la cultura japonesa, que tiene la capacidad de ver la vida y la grandeza del universo en algo muy pequeño, a veces despreciable; es la lógica del *kami*. El mundo está lleno de *kamis*, y el *kami* -lo decía un filósofo de finales del siglo XVIII, la misma época en que vivió Kobayashi- es el poder que tienen ciertos objetos, ciertas cosas, no importa cuales, para infundir en nosotros respeto, sorpresa, temor, terror, afecto. Se ha dicho que los *kamis* son los espíritus de las cosas, de las montañas, del mar, de los rayos, del sol, del dragón, del zorro, pero que también pueden ser los de la flor, la mariposa, la mosca. No obstante, el filósofo al que aludo, Motoori Norinaga, decía que los *kamis* no son espíritus sino las cosas mismas; el *kami*, según él, es un poder de ciertas cosas.

Yo creo que en esa forma de pensar y de sentir puede haber una clave para la salvación del mundo en la crisis actual. Las conferencias son muy importantes, las leyes también lo son, la lógica de la ciencia es fundamental. Pero nada de eso es suficiente; para preservar nuestro mundo se necesita una sensibilidad; sentir que un árbol muerto florece con mariposas; saberse hermano de la mosca que se come el arroz; sufrir algo por maltratar una flor. Solo eso, quizás, pudiera salvar al mundo. Es una lástima que entre nosotros ese espíritu de participación y de admiración ante lo débil y lo humilde, que no obstante puede ser grandioso, sea tan poco valorado. Creo que, efectivamente, en la observación de un insecto puede caber una filosofía sabia sobre nuestra condición y nuestro entorno:

“La abeja está en la flor; la flor está en la planta; la planta está en el jardín rodeada por un muro; el jardín está en la ciudad, la ciudad está en el Japón, el Japón está en el mundo; el mundo está en Dios. Y Dios está en la pequeña

abeja". Este es un *Dōyō* de una poetisa japonesa que vivió una vida tan triste como la del primer poeta mencionado y murió a los 26 años de edad: Kaneko Misuzu.

Quiero expresarle mis más sinceros agradecimientos al señor Embajador por este homenaje, al Ministerio de Asuntos Exteriores del Japón por vincularme simbólicamente a esa cultura que tanto admiro, y a todos ustedes por asistir a esta ceremonia.

Muchas gracias.

[Bogotá, 11 de noviembre del 2025]



*Bordados de Livia.*

# Sigiloso sentir de las ausencias\*

Carlos-Enrique Ruiz

*A las personas integrantes de la Cofradía Aleph*

Beneplácito en la contienda de palabras / modeladas con la sinceridad del viento / commociona el trino de las aves / en el jardín de los pródigos elementos // La mirla – El toche – El azulejo – El afrechero – El tominejo... / remansan en la mirada el destino / y la contienda se hace canto de zahorí

\*

De provecho el suspiro / en medio de la tormenta / con medias lunas diseminadas / en la conjetura de los dioses // El suspiro arredra las sombras / en la memoria de las piedras / y calcina el recuerdo / en la morosidad de los catecúmenos / apostados en el umbral del destino // La fuerza mayor desemboca / en la tormenta

\*

Vueltas da la vida / con vaivenes de subir y bajar / o de bajar y subir // La continuidad no cesa / por el angosto camino / de cada quien / pero largo es el tiempo / en el compás de la espera // En lo oculto de los senderos / sorprenden los pasos / por el alumbramiento de la congoja

\* Fragmentos de libro inédito, con igual título (CER, 2025)



\*

Rocas anciliares / revisten las montañas / a la manera de corazas / en favor de la eternidad // El tiempo labra al tiempo / del tiempo de todo // La ola de palomas / en el olivar de la lejanía / convoca al suspiro de los migrantes / peregrinos sin causa ni noción / de tiempo y espacio

\*

Márgenes de unidad / en el deslinde del tiempo / con las cortapisas / de los supuestos incontrolados // Márgenes del decir / para el control de bocatomas / en las palabras // Márgenes perdidas / al asumir los límites / de lo imposible / Márgenes / en fin / con atisbo al caudal de las ilusiones

\*

Sangrado / en las listas del horror / sacrifica la pluma / de la fe y la esperanza / con el sutil descuido / de las alternas miradas / en los campos de candela // El horror es una especie de sabandija / en las venas del alma / de los pueblos en llamas

\*

La Naturaleza compone / el fuero de la realidad / con la incontrovertible consistencia / de lo perdurable // Es voz / grito / silencio / lucha controlada / en la producción del capullo / sobre la roca // El beneficio de la Naturaleza / es ella misma / con la dinámica del infinito / hecho en el instante

\*

El revés de la palabra / es el inverso de fracciones / atadas al espejo / en el laberinto sin salida // La fracción despedaza la unidad / en el vacío de entelequias juguetonas / y en el espejo vibra / la conjunción del tiempo / en un presente ajeno al pasado / sin presumir el después

\*

Encantamiento de mitos y de sueños / encandila el futuro / en la mirada díscola // La verdad se concentra / en la duda / del quién sabe / del cuándo / y del por qué / al ritmo de los tiempos / trajinados / en la ventura del ocaso // La palabra en el silencio / es la rebeldía

\*

Salutación de la vida / en los predios de lo probable / con enmiendas y confesiones / propicias al encanto / de los días // La vida esplende en el hoy / con sus dejos y querellas / despojados de razones / para conciliar la dicha / del momento

\*

Riqueza / en los territorios de los trashumantes / sujetos a la gracia / del azar / no parece dispuesta para la sobrevivencia / de los peregrinos // La prudencia en los desiertos / retribuye con favores / las penalidades // Los paisajes hacen gracia / en la soberanía de la Tierra



*Bordados de Livia.*

# Unos recuerdos

Carlos Pineda-Núñez

## 1.



Desde niño uno imagina y sueña futuros posibles. Avanza hacia ellos día tras día: a veces con la certeza de que se cumplirán y podrá navegar esa realidad soñada; otras, la indecisión los detiene y se van apagando con el tiempo, hasta caer en el olvido o el desencanto.

He sido un soñador. Imaginé ciudades, rutas que llevaran a sitios desconocidos y afectos sin fin. Algunos sueños llegaron; otros se desvanecieron.

Fue en Montreal, a finales de 1993, recién llegado a la ciudad. Allí sentí que un sueño empezaba a cumplirse. Caminaba a la deriva bajo el final del otoño, tiempo en que los vientos fríos del norte golpean sin clemencia y las primeras nevadas caen como aviso de la llegada del invierno, ese tiempo en que la ciudad se recoge y uno mismo siente que algo está por ponerse a prueba. Avanzaba a la deriva, sin rumbo fijo, dejándome llevar por sus calles, por su arquitectura, por el pulso de la ciudad y por esa diversidad

humana que se adivina en los rostros de quienes llegan de todos los rincones del planeta. Había algo en ese paisaje frío y misterioso que me hacía pensar que estaba viviendo uno de mis sueños de juventud.

Por esos días se inauguraba, en el departamento de diseño y arquitectura de la Universidad de Montreal, una exposición del diseñador y arquitecto italiano Achille Castiglioni, acompañada por una conferencia. Allí estuve, atraído por la exposición, porque quería verlo y escucharlo, y también porque quería un par de afiches: uno para mí y otro para enviar a la Escuela de Diseño Visual de la Universidad de Caldas.

Mientras lo escuchaba, me preguntaba qué diablos hacía yo allí: la charla era en italiano, traducida al francés. No entendí nada; solo me dejé llevar por las imágenes, y antes que terminara la conferencia salí rápido hacia la sala de la exposición para preguntar por los afiches. Al llegar, vi que la persona encargada era una mujer demasiado bella y elegante, con un sorprendente parecido a Sophie Marceau. Eso me intimidó y no fui capaz de preguntar. Salí al rato, desanimado, sintiéndome tonto y diciéndome a mí mismo: Carlos Pineda, si no es capaz de pedir un afiche, que diablos va hacer aquí?. Pero al avanzar dos cuadras apareció, como enviada para la ocasión, una frase de Shakespeare que dice algo así como que el atrevimiento va más allá de lo que la imaginación alcanza.

Me di vuelta y regresé. Fui directamente a la mujer a preguntarle, en inglés, por los afiches. Para mi sorpresa, respondió con amabilidad: Claro, cuántos quieress?. Le dije: dos. Fuimos a un pequeño salón donde los guardaban. Ya en confianza, le conté que había sido invitado por la Universidad de Guelph a dar unas charlas sobre mi trabajo en Colombia, y le pregunté si sería posible hacer algo similar en el departamento de arquitectura. Ella respondió: “Vuelve mañana, al final de la mañana, y hablamos con el director”. Salí con los dos afiches, contento y sintiendo el frío amable.

Esa noche seleccioné cien diapositivas, las mejores que tenía: una revolución de diferentes temas. La mañana comenzó llena de ansiedad. A las once en punto llegué a la U y me encaminé con Ann Marie hacia la dirección. Albert Leclerc nos recibió y nos recomendó visitar a un profesor. Fuimos, y resultó ser un gruñón, pero generoso a su manera. Tras decir que no sabía nada, de pronto dijo: Attendez une minute. Nos envió a la diathèque, el lugar donde se conservan las diapositivas.

Allí nos recibió Ginette Melançon-Bolduc, responsable del archivo. Ann Marie le explicó lo que quería y qué buscaba. Ginette pidió ver las fotos. Las

montamos en un carrusel y comenzamos a proyectarlas, una tras otra, como quien revela una historia íntima. Ella las observaba con cuidado. Llamó a su asistente, Alphonse, y entre los tres seguimos observando, sin prisa, dejando que cada imagen encontrara su propio tiempo. Al final, Ginette dijo algo que me llenó de alegría: Me interesa tu trabajo. Haz una selección amplia de arquitectura y la vemos el lunes.

Ese fin de semana lo pasé seleccionando diapositivas. Fue un refugio: un antídoto contra los vientos fríos y contra mis dudas. Me acompañaba una mezcla de expectativa, optimismo y serenidad, como si la vida estuviera dispuesta a ofrecerme algo que yo mismo había convocado con el atrevimiento. Y así fue.

Llegó el lunes. La proyección gustó y, para mi sorpresa, Ginette dijo que quería comprar las fotos de Machu Picchu. Acepté venderlas, aunque eran copias únicas; no me importaba, a Machu Picchu podía regresar. Pero lo decisivo vino después: mencionó que estaban trabajando en un proyecto sobre la ciudad subterránea de Montreal, que necesitaban fotografiarla y me preguntó si yo podía hacer las imágenes. Mi dicha fue enorme. Sentí que había llegado al lugar preciso, en el momento indicado. Acordamos el costo, duración del trabajo y las condiciones de pago, y ahí entendí el esfuerzo que se avecinaba: solo pagarían la totalidad una vez terminado el proyecto. Mis ahorros eran limitados.

Comencé a tomar fotos al día siguiente. Era un trabajo que me encantaba y para hacerlo debía recorrer toda la ciudad subterránea: una red de más de treinta kilómetros de túneles que conecta conjuntos residenciales, centros comerciales y estaciones de metro. Aprendí a moverme bajo tierra y la recorrió toda. Era fotografía análoga y debía mirar bien antes de tomar cada foto. Salía con tres rollos de diapositivas y no podía desperdiciar nada.

Fue un tiempo exigente. Cuando los ahorros llegaban a su final, tuve que organizarme con juicio: un pan tajado de quince rebanadas para siete días, arroz y fríjoles como menú y raciones cada vez más ajustadas. No era miseria, era una disciplina forzada para sostener y terminar el proyecto. Pero el cuerpo también lleva sus cuentas, y en ese equilibrio tenso terminé enfermándome. Lo sentí un día subiendo las escaleras del metro: sudaba, me faltaba el aire, estaba débil. Me estaba desangrando por culpa de una úlcera, fruto de no alimentarme bien. A veces los sueños tienen un precio alto. Fue una etapa dura, sí, pero sobre todo reveladora.

Fui al Hospital Judío. Me atendieron de inmediato. Me examinaron y me hicieron un lavado gastrointestinal. Luego me dejaron en una camilla, esperando los resultados. Al poco rato llegó una enfermera con una bata verde en sus manos; me miró y dijo, en pocas palabras: “Estás mal. Te quedas en cuidados intensivos”. No pensé nada. No sentí nada. Solo tuve la certeza de que estaba en un lugar del que iba a salir bien. Salí con la promesa de no recordar ese momento y con la esperanza que no volviera a suceder. No conté nada en la Universidad: seguí trabajando y, a los pocos días, terminé el proyecto. Recibí mi pago, cambié el cheque y, muy contento, fui primero a un restaurante a darme una buena comida y luego a comprar un nuevo lente para la cámara.

Seguí realizando proyectos para la universidad: los parques naturales de la ciudad, los nuevos desarrollos urbanísticos y arquitectónicos, los estudios sobre la multiculturalidad y la multietnicidad en la metrópoli, y otros más. Fueron años intensos. Y entonces, casi sin buscarlo, otro sueño vino a cumplirse.

Al terminar mi carrera en Diseño en la Universidad Concordia, me llamaron de la U de M para digitalizar el archivo análogo del departamento de arquitectura. En la oficina donde trabajaba llegaban los nuevos libros para la biblioteca: arquitectura, diseño, imágenes de obras recientes y teoría. Mientras escaneaba cada fotografía, iba hojeando esos libros y asomándome a la arquitectura contemporánea. Un día me atreví a decirle a Marc Waller, director de la biblioteca, que el archivo necesitaba una actualización para estar a la altura de lo que estaba ocurriendo en la arquitectura en el mundo. Para mi sorpresa, simplemente respondió: “Pásame un proyecto”.

Mi alegría fue inmensa. Lo tenía clarísimo. Quería recorrer toda la costa oeste de Norteamérica, desde Vancouver, en British Columbia, hasta San Diego, en California. Ya conocía, a través de los libros, la obra de Rem Koolhaas, Frank Gehry, Zaha Hadid, Rafael Moneo y muchos otros. Y sabía lo que significaría para mí recorrer esas obras, verlas con mis propios ojos, sentir de cerca esa mezcla de poesía y atrevimiento que sus creadores soñaron y realizaron. De Gehry, recién fallecido, me extasié con sus obras del Museum of Pop Culture (MoPOP), en Seattle, un tributo a Jimi Hendrix y el Walt Disney Concert Hall, sede de la Orquesta Filarmónica de Los Ángeles (LA Phil).

Siguieron otros viajes: Europa, otras regiones de Norteamérica, África. Siempre planeaba las obras que quería fotografiar y llevaba una carta de la Universidad de Montreal para acceder a ellas. Eso me permitía moverme con

tranquilidad, tener la entrada libre y fotografiar con trípode, que en muchos museos está prohibido, y obtener información sobre cada edificio. Atreverme a decir que un archivo estaba incompleto me abrió las puertas de muchas ciudades, me llevó a gente maravillosa, sitios bellos y me permitió ver la arquitectura de la mejor manera: caminándola. En cada caminada encontré algo que no estaba en los libros ni en los planos. Fue entonces cuando comprendí que los viajes no solo ampliaban el archivo de la universidad; también mantenían vivo el mío, el más íntimo, el que se alimenta del asombro. Y quizás por eso, sigo preparando el morral hacia sitios desconocidos, porque en cada viaje nace otro deseo.

Cuando se es niño, las ideas y las circunstancias son fugaces: llegan, iluminan un instante y se van. Cuando se es joven, en cambio, los sueños se idealizan; nos volvemos poetas de nuestra propia realidad, de aquello que sostiene nuestro mundo. Y es precisamente en esa etapa, en ese territorio de asombro, de imaginación intacta, donde deberíamos permanecer siempre: conservar jóvenes las ilusiones, los sueños, el corazón, y viva la curiosidad de mirar el mundo como si fuera la primera vez.

(Dbre. 2025)

## 2.

Me gusta cómo la fotografía nos lleva a otros tiempos; en ella la memoria se afianza, los recuerdos se avivan y comienza un viaje que también despierta los sentidos.

Era el año 1996.

Decidí hacer un viaje a la isla CapeBreton, Nova Scotia, Canadá; quería conocer a Robert Frank en su casa, a unos cuantos kilómetros de Mabou, un pintoresco pueblo en su costa occidental.

La aventura comienza en la bella, generosa y amada Montreal. Tomé el tren hacia Sackville, en New Brunswick. Allí me hospedé donde mi amiga Liam Simpson, en las residencias de la Universidad de Mount Allison, y luego pasé unos días en la reserva indígena de Mi'kmaq donde tuve mi segundo encuentro con un oso: negro, por fortuna. Otro día contaré con calma mis encuentros con los osos.

Quería recorrer la isla a pie y en auto-stop. Liam me condujo hasta el puente de Canso, la frontera entre Nova Scotia y Cape Breton. Hacer auto-stop es una delicia, sobre todo en un país seguro como Canadá.

La primera persona que me recogió fue el padre de un jugador profesional de Jockey; iba hacia la caballeriza que su hijo le había regalado. Luego me llevó hasta Mabou. Allí pregunté si alguien conocía a Robert Frank y, por supuesto, la respuesta fue que sí: en un pueblo pequeño nadie pasa desapercibido. Me señalaron el camino. Su casa quedaba a unos 12 kilómetros del pueblo, por una carretera destapada y solitaria en un paisaje de ensueño.

Comencé a caminar, era finales del verano y, con ese clima amable, avanzar por esa carretera solitaria era casi un privilegio, un regalo de la naturaleza.

Al cabo de una hora, una camioneta azul apareció en sentido contrario; al pasar, sus pasajeros levantaron la mano y yo respondí al saludo. Seguí caminando. Unos 45 minutos después, la misma camioneta regresó y se detuvo a mi lado. Una mujer hermosa, de pelo largo y canoso, bajó la ventana y me preguntó: “Do you want a ride?”. Respondí: “Oh yes, sure, thanks a lot.”

Cuando se detuvo para dejarme, le agradecí y pregunté si conocía a Robert Frank. Ella sonrió, como si revelara un secreto, y dijo: “Claro que sí, soy su esposa.” Quedé sorprendido y fascinado: era la mismísima June Leaf. No cabía de la emoción y, como suele pasar en esos momentos, uno saca a relucir cierta torpeza; no sabía qué decir y balbuceaba. Le pregunté si podía conocer a Robert Frank, pregunta que no pareció entusiasmarle por el gesto que hizo. Me dijo que estaba un poco enfermo y que, si lo saludaba, fuera apenas un momento. Llegamos a su casa de madera. En el patio, entre la ropa colgada, estaba él: algo malhumorado, hablando en un español sorprendentemente bueno, y sin permitirme tomarle fotos. A pesar de su negativa de tomarle una foto sentí la dicha rara y luminosa de esos encuentros que parecen un guiño del destino: conocer a June Leaf y saludar, aunque fuera brevemente, a Robert Frank, uno de los grandes fotógrafos, que junto a Josef Koudelka y Sergio Larraín más han marcado mi mirada.

Seguí mi camino alegre, cantando con mi voz destemplada y duro porque estaba seguro de que nadie me escuchaba; solo las olas del mar y la arena de la playa me acompañaban.

Después de caminar un rato sucedió lo que menos esperaba: mi morral se estropeó. Se reventó una varilla y así era imposible continuar. Intenté ar-

regrarlo amarrando una vara de madera; creí haberlo logrado, pero al rato la vara también se partió. ¿Y ahora qué hago?, pensé. Mi idea era quedarme en el cabo tres semanas, caminando por sus playas y senderos y fotografiando sus bellos paisajes marinos. Lo bueno era que había visto en persona a Robert Frank. Lo malo: que así, con el morral roto, no podía continuar.

La ruptura del morral me salvó la vida. A veces la vida, de forma sencilla, hace ciertos llamados de atención que nos obligan a detenernos, a mirar alrededor, a pensar, a saber que hay cosas que transitan por los laberintos del misterio. Yo no había tenido en cuenta el horario de las mareas y, si hubiese continuado, seguramente habría quedado atrapado entre unos acantilados cuando la marea comenzara a subir.

Cargando el morral en mis brazos, (qué cosa más harta), regresé a una parte segura de la playa. Me senté en una roca, mirando el horizonte, preguntándome qué hacer. Triste y preocupado, divagaba entre las posibilidades: ¿acampar ahí mismo? ¿volver a la casa de June y Robert F? No... no me sentía cómodo regresando a pedir ayuda. Mmm... esas situaciones no son precisamente agradables.

De pronto llegó un auto. Un hombre alto descendió y me saludó con amabilidad. Me preguntó cómo estaba; respondí que bien, pero él me miró como diciendo: ¿seguro? Le dije: no, la verdad no muy bien. Le conté que el morral se había dañado y así era imposible seguir la travesía que tenía planeada. Cuál travesía, preguntó. Le conté y me dijo: “¿Estás loco? Imposible, te hubiera llevado el mar”. Sonrió y añadió: “Voy a caminar una hora por la playa. Si quieres, me esperas y te llevo de regreso a Mabou; de pronto allá encuentras un repuesto para tu morral”.

Lo esperé, ya más tranquilo, dejándome llevar por las manifestaciones del azar. El hombre regresó y volvimos juntos a Mabou. Fuimos a la única tienda de deportes y aventura y, claro, no estaba el repuesto: pailas. Para completar, el transporte público era un solo bus al día hacia Halifax, que entró en mis planes después de la ruptura del morral. El camino es una línea que conduce a lo que somos y así se reconoce en cada uno a uno mismo; bien lo dijo Whitman.

John —John Livingston—, productor y director de cine, me invitó a cenar y a quedarme en su casa. Compró pescado, verduras y vino para la cena. Llegamos a su casa en medio de un bosque de arces, y allí apareció el asombro:

era un sitio autosostenible, producía su propia energía con una noria gigante y tenía su propia agua. Una persona afortunada.

Me dijo: “Vete a tomar fotos y regresa en una hora para la cena”. Yo, encantado, pensaba en la generosidad de la vida y en lo afortunado que era: conocer semejantes personajes y llegar, por azar, a un lugar maravilloso. Salí a fotografiar un poco y lo que veía me llenaba de admiración.

Regresé para la cena; conversamos un buen rato y, al terminar, John me mostró el espacio donde dormiría: una enorme sala llena de películas y monitores. No vi ninguna. Preferí leer y pensar en lo que había pasado esa mañana. ¿Dónde estaría si el morral no se hubiera roto? Quizá ya no estaría.

Llegó el amanecer, acompañado por la suave luz de finales del verano, comienzos del otoño. Yo seguía rumbo a Halifax, seguro de que allí podría reparar mi morral o encontrar el repuesto. John preparó un buen café y luego el desayuno, mientras yo me alistaba para esperar el bus.

John Livingston no paraba de reírse al verme luchar con el morral estropeado, hasta que dijo: “Te presto uno. Es de mi esposa, así que cuídalo bien. Cuando llegues a Montreal me lo envías. Dame una dirección para mandarte el tuyo”.

Mi alegría era inmensa pues retomé el camino hacia Chéticamp. Allí, entre pescadores, el francés áspero de los acadianos, el viento, la mar, los primeros colores del otoño y aquel árbol que, con sus hojas caídas bordaba de color la hierba, entendí que el viaje no había sido hacia Cape Breton para conocer a Robert Frank, sino hacia las personas que la vida pone en el camino. Cada encuentro es una conversación con el azar, una celebración de coincidencias en medio de la eternidad.

En la fotografía se encuentra el eco de la memoria: una luz tenue que nos recuerda que estamos hechos de encuentros, de pérdidas y de esos instantes que, sin saberlo, nos cambian para siempre. Al mirar el autorretrato, comprendo que lo importante no es llegar, sino todo aquello que el camino decide enseñarnos y confiarnos.

(Nov. 2025)

**PD:** muchas fotos están aquí:

[https://calypso.bib.umontreal.ca/.../\\_diame/id/4416/rec/31](https://calypso.bib.umontreal.ca/.../_diame/id/4416/rec/31)

# Relatos de Viaje

Carlos Andrés Loaiza-Garcia

**Bangkok, Tailandia, 13 de Octubre de 2025**



D espués de algo así como dos años de negociaciones con la maestra de ceremonias de casa, hemos pisado tierras del lejano oriente, la tierra famosa por su culinaria, playas exóticas, amabilidad de su gente, masajes, entre otros. Y empiezan nuestras vivencias en esta nueva aventura familiar, después de dos vuelos de algo más de seis horas cada uno en una de las aerolíneas más reconocidas del mundo por su servicio de excelencia, Qatar Airways, además de volar por primera vez en el monstruoso Airbus 380 (llevaba ya más 6 años deseando volar en ese avión), llegamos a Bangkok. Un sol furioso y un calor húmedo nos indican que efectivamente hemos llegado a nuestro muy ansiado destino. Frente a nosotros unas grandes letras azules y la silueta sonriente de un elefante nos dan la bienvenida con un cálido “Sawas-dee”, como si el mismo lugar nos dijera, ya por fin están aquí! La ciudad de Bangkok tiene ese toque

cosmopolita de película de espionaje, nada que envidiarles a otras megaciudades como New York, Miami, Londres. Sus rascacielos brillantes, los numerosos puentes, los épicos tuk-tuks zigzagueando por las calles, luces de neón y cientos de gigantes pantallas LED HD por todos lados, avisos publicitarios promocionando cuanto el capitalismo permita, ya sea el ultimo iPhone (17), o las varias marcas de carros de nombre desconocido, seguramente chinos, perfumes y ropa fina, los ojos quedan perplejos por tantas luces e información, todo al mismo tiempo, repentinamente una lluvia fuerte tropical nos coge de imprevisto, la ciudad parece despertar de nuevo, más brillante que antes, el reflejo de todas esas luces artificiales, ahora reflejadas en los numerosos canales de agua, la ciudad es ahora un festival de luces, colores, aromas, y sonidos, típico de una de las grandes capitales del mundo, pero con un toque y encanto único, una energía distante, nunca antes vivido, una experiencia única. Aprendemos aquí que la familia real es venerada en Tailandia, considerada incluso como figuras semidivinas. Vemos fotos y retratos de los reyes adornados con colores dorados (será oro?) en cada esquina, en cada espacio público, frente a las casas, todo acompañado de banderas amarillas (en honor al rey), banderas azules (en honor a la reina), y la bandera de Tailandia. Y los mercados que no podían faltar, centenares de tiendas, puestos, y restaurantes, por montones, todo parece ser salido de una película de espías encubiertos, o una de las tantas películas de Jackie Chan que solía ver con mi padre cuando era niño. Bienvenidos a Bangkok, la perfecta ciudad que combina lo moderno con lo exótico, lo religioso con lo mundano, en un escenario lleno de aventura, historia, tranquilidad, la calma, y a la vez adrenalina, todo conviviendo en perfecta armonía.

## Ayutthaya, Tailandia, 15 de Octubre

Y es el momento de convertirnos en los protagonistas de una escena de una película tipo Indiana Jones. Nos encontramos ahora en Ayutthaya, a dos horas al norte de Bangkok, la ciudad que llegará a ser alguna vez la capital de Tailandia. La antigua capital de este bello país es una aglomeración de templos, esparcidos por toda la ciudad. Según la historia, la ciudad fue fundada en 1350 y durante más de cuatro siglos fue el corazón político, comercial y cultural del sudeste asiático, e importante punto de encuentro de comerciantes chinos, indios, persas, y europeos. Sin embargo, alrededor de hace 300 años, fue invadida por el ejército birmano, y la mayoría de sus templos fueron la-

mentablemente destruidos. Lo más significativo de esta invasión es ver por todos lados la decapitación de los budas que se encuentran en los templos. Estar aquí y poder caminar entre templos antiguos, ruinas escondidas, budas en todas las poses posibles, en adentrarse en una aventura con los niños, estamos ahora descubriendo las maravillas de los templos con todas sus perfecciones, imágenes grabadas, nos convertimos ahora en los aventureros de una historia de Indiana Jones, donde nuestra misión es descubrir los grabados de elefantes, flores, budas, entre los espacios donde alguna vez se realizaban rituales, con elefantes desfilando tranquilamente al ritmo de los tambores, donde seguramente muchos monjes budistas utilizaron para sus oraciones y meditaciones profundas durante horas, tal vez días semanas, meses y años, estar aquí es viajar a otra época, cerrar los ojos y desplazarse por el tiempo. Los caminos aquí serpentean entre selvas verdes, y ríos misteriosos, y cada esquina tiene algo inesperado, un monasterio dorado, un buda acostado, otro más, y cientos de más budas por donde se mire. Hay un aire con sensación de aventura y exploración, los niños lo disfrutan tanto como nosotros, con mucha curiosidad, sentir que en cualquier momento podemos descubrir un tesoro escondido o un secreto ancestral, eso y mucha más nos ofrece este bello país, la magia de sentirnos exploradores en cada paso.

## Tailandia, 16 de Octubre

Llevamos un par de días, cada día aquí se siente una nueva aventura, para todos los sentidos, donde la historia, la geografía, la naturaleza, la cultura, la religión, y la vida cosmopolita se mezclan, además de un verdadero disfrute al paladar. Es imposible aburrirse, siempre hay algo que nos sorprende y nos asombra, que nos despierta aún mas la curiosidad, o simplemente nos deja sin palabras, los olores, colores, aromas, sabores, sonidos, la comida, es que cada minuto es tan intenso, variado y especial que cuesta ponerlo en palabras, los aromas de curry, el jengibre y el coco, los colores de los templos dorados, los budas que observan el ir y venir de la ciudad que nunca se detiene, las banderas por montones, las pantallas LED gigantes iluminando la noche, el sonido de los barcos en los canales, los mercados llenos de frutas, verduras y sonrisas, el mercado de tren con sus olores super intensos, el mercado flotante, una mezcla de regateo a nivel experto, donde los vendedores se mueven entre vegetación, comodoros, peces hambrientos, serpientes, elefantes...y todo su-

cede al mismo tiempo, los ojos se alegran de mirar alrededor y el corazón se alegra por tener el privilegio de estar aquí.

## **Khao Kalok, 30km al sur de Hua Hin, Tailandia, 21 de Octubre**

...y de repente, después de cruzar pequeñas villas con extensos terrenos de piña, con vacas que pasean libremente por la carretera, nos adentramos a una de esas películas de James Bond, a una de esas escenas elegantes y misteriosas protagonizadas por Roger Moore, o Pierce Brosnan o cualquiera de ellos, pues aparece la playa perfecta, arena blanca, aguas calientes y cristalinas, la playa colmada de visitantes de color transparente, esas medusas que tanto nos generan miedo a los que vinimos de lejos, nunca olvidaremos esa escena de una niña local levantando una de esos habitantes del mar y moviéndola de arriba hacia abajo, de abajo hacia arriba, como si fuera cualquier muñeco de peluche, no olvidaremos esas cuevas y acantilados impresionantes, colmados de sonidos melodiosos provenientes de animales desconocidos, incluso una culebra verde nos da la bienvenida apenas llegamos a nuestro destino de hoy. Es que incluso aquí se siente la risa y amabilidad de la gente que se mezcla con el murmullo del mar, la intensidad del sol hace que los colores brillen con aún más intensidad, casi irreal, y el aire está lleno de aromas tentadores, el pescado a la parrilla, la piña, los mariscos, el Pad Thai, el coco, el picante del curry que se cocina en los pequeños puestos junto a la playa. Y es que todo a nuestro alrededor parece moverse en cámara lenta, los reflejos dorados del sol sobre el agua, las palmeras que se mecen suavemente, y esa sensación de tranquilidad absoluta, como si el tiempo se hubiera detenido. Nuevamente nos damos cuenta de que estamos en un lugar que no solo se ve increíble, que se respira increíble, sino que se siente increíble, un escenario tan perfecto que forma ahora parte de esta nueva escena de nuestra película de vida.

Y qué decir de la amabilidad y sencillez de esta cultura, nuestra conversación con un pequeño de apenas cuatro años, que se limita a un caluroso y amable saludo “Sawasdee Krab”, es recompensada con un gesto que lo dice todo: sus manitas unidas en señal de oración, mientras inclina ligeramente la cabeza con una sonrisa tímida. Un instante breve y hermoso, que refleja mejor que cualquier palabra la profundidad del respeto y la calidez humana que se vive aquí en Tailandia.

## **Suan Son Pradipat Beach, 22 de Octubre**

Tailandia es el país perfecto para dejarse sorprender y llevar por la fascinación de sus playas, la calidez de su gente y los intensos aromas que nos han acompañado durante esta aventura. Es el escenario que permite que lo que tengas planeado, pueda cambiar en instantes y aun así, todo parece salir mejor de lo imaginado. Lo que sería un día familiar de golf junto al mar, terminó convirtiéndose en una tranquila caminata por la playa, en unas arenas blancas, un mar caliente y cristalino que abrazan los pies, un sol amable que realza aún más los colores de todo aquí, desde pequeños restaurantes, tiendas de souvenirs, o locales spa junto a la playa que invitan a disfrutar todo sin prisa alguna. Cada paso recorrido aquí es una nueva experiencia llena de sorpresas, en el camino pudimos observar a los habitantes de la montaña, los famosos y curiosos monos en su hábitat natural nos sorprenden en el camino hacia el templo Khao Takiab, donde un majestuoso buda dorado de aproximadamente 20 metros escolta y bendice la playa de punta a punta. Todo es una mezcla perfecta de brisa marina, calma interior, combinado por una sensación mágica de que una vez más, el tiempo se detiene y todo aquí invita a fluir, a dejarse llevar por el momento, porque de alguna manera misteriosa y hermosa, todo parece encajar al final.

## **Hua Hin, 23 de Octubre de 2568 BE (Era Budista)**

Sentirse en conexión consigo mismo, con la tierra, con la naturaleza, y viajar a lugares que la mente anhela...así empieza de día. Tenía planeado dedicar un tiempo a la meditación, aunque las actividades diarias como protagonista de películas de James Bond, Indiana Jones, Jackie Chan, limitaron mi tiempo. Tuve el placer de conocer a Joey, un local que ha tenido la oportunidad de estudiar meditación en el templo budista de Wat Amphawan, en la región de Singburi. Durante las dos horas que compartimos meditando, experimenté un verdadero viaje interior, un instante de calma profundo, de conexión con mi respiración y mis sentidos, con el entorno, con algo que no se puede describir y que va más allá de lo visible. Fue un momento de conexión plena, donde el silencio y a la vez ruido del mundo se volvían uno solo, y quedaba solo la sensación de estar completamente presente con el aquí y el ahora, en un lugar que parece detener el tiempo.

## Bangkok, 24 de Octubre de 2025

Y aquí termina esta aventura llena de vivencias que nunca nos olvidaremos. Haber estado en Tailandia ha sido una experiencia inolvidable, un viaje lleno de aventuras, misterios, vivencias, naturaleza, y conexión con nosotros mismos, y todo al mismo tiempo. Ha sido una visita donde la imaginación ha cobrado vida, y donde incluso lo cotidiano se siente épico y cinematográfico. Al marcharnos queda la sensación de que volveremos, no cabe la duda, de que aún nos esperan escenas por vivir, nuevas historias que filmar en esta tierra que nos atrapo desde el primer instante.



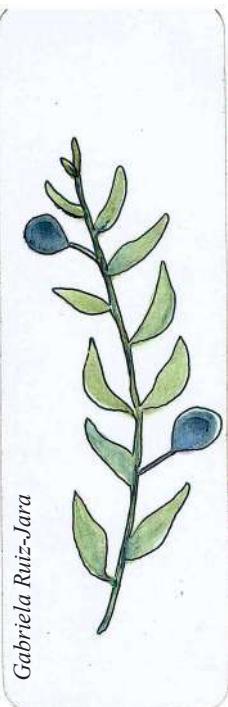
*Bordados de Livia.*

# Narrativas intergeneracionales, para volver a tomarnos de la mano

Pedro Zapata P.

Mundos complejos, separados por unas lógicas de un consumismo terminal, que alejó de todos nosotros el vuelo del colibrí y el canto del sinsonte. Alejo de nosotros, el paisaje de una vecindad creativa, para adentrarnos en la fatiga que nos trajo una fuerte ola de ausencias humanas. Nos compartimentaron el cotidiano vivir, trayendo consigo una soledad que ni unos ni otras, merecemos en estos deseos de vivir posibles mundos mejores, en los que el otro es la fiesta inaplazable, la de los días por venir. Vecindad que desde las primeras infancias, nos enseñó a estar con otros, que somos nuestro complemento inseparable, para aprender los senderos del vivir en comunidad, desde la fiesta del saber que nos inspiró Estanislao Zuleta.

Mundos que nos alejaron del testimonio, siendo la más bella práctica de compañía para todas nuestras fragilidades. El testimonio es nuestra mayor riqueza, pues es memoria y silencio, de todas nuestras TRAVESIAS DE INFANCIA Y NUESTRAS TRAVESURAS DE ADOLESCENCIA. Nuestros primeros acercamientos a los mundos del erotismo y la sensualidad,



desde la contemplación amorosa de la flor, hasta el bello tejido de castillos con las nubes y festejar con los atardeceres, esa inconfundible ruta de los venados, en decir de las entrañables abuelas.

Mundos en los que, desde muchas familias, comenzamos por darle como espacio existencial, a los adultos mayores, esos lugares de las casas, que se parecen un poco a los lugares del olvido, fantasma silencioso, que nos amenaza con frecuencia en este complejo trasteo por la tierra. Toda familia pareciese ser, tiene un ser en relativos olvidos, en estas velocidades industriales, escenarios de la muerte prematura, trivial heroísmo de los jóvenes en las motocicletas de la falsa valentía, vanidad innecesaria, opulencia de celofán, consumo de ingenuos heroísmos en la seducción de lo acartonado, bajo los afanes de los amores de celofán, gratuitas e innecesarias formas de debilitar lo humano en el otro, en los otros, en todos nosotros.

Mundos de una opulencia vacía, de una generación de palabras sacrificadas y dejadas como derrotas a la vera del camino, huella de tanto pensar lo humano, en los laberintos camineros del barrio popular, sagrado y único territorio, donde se llega a tener dos y tres mamas al mismo tiempo. Mundos de todos y de ninguno, aterrador inventario que nos enluta los ojos y ensordece nuestra escucha sagrada de las primeras infancias. Necesitamos de una gestualidad relacional más humana, vegetal, en armonía con nosotros y con la naturaleza natural y la naturaleza humana. Que cada palabra, venga de donde venga, nos convoque en amorosa presencia, siempre inaugural, por una nueva arquitectura terrenal humana.

La vecindad, es el camino a toda construcción de una humanidad distinta, la de los silencios para festejar la cosecha, la de inventar palabras para atraer de nuevo a los pájaros, la que siente alegría por la presencia del otro, de los otros. ``Necesitamos volver al relato de provincia, necesitamos volver a lo que no dijimos`` (Silvio Sánchez).

¡OJO! ``Necesitamos volver al relato de Provincia, necesitamos volver a lo que no dijimos``. Sabia forma de pensar, para enfrentar estos tiempos de dogmatismos super-académicos e institucionales. Necesitamos del saber sagrado de nuestras niñas y niños, para enriquecer los multicolores paisajes de ciudad, de humanidad, de inspiración. Necesitamos volver a lo que no dijimos, con la convicción de encontrar otras formas de nombrar el mundo, de ponerlo entre las manos de los niños y niñas, que sabrán enseñarnos a colorear todo cuanto nos rodea, los nuevos paisajes de humanidad.

Las nuevas formas de nombrar el mundo, no favorecen mucho, nuestros entornos territoriales, por cuanto la figura de ciudades envejecidas, poco dirá a los adolescentes que hoy apenas se alejan de sus primeras infancias. Formas secas, frívolas, de muy poca musicalidad, que pretenden, al nombrarnos, dejarnos como estáticos en un rincón del tiempo. Nos vamos a apoderar del lenguaje que nos queda, para bautizar los tiempos de transformación, jamás los de un estatismo que no nos contiene de ninguna manera. Por ejemplo, LO INTERGENERACIONAL, seria una alternativa maravillosa, para recuperar unas formas de relacionarnos, que signifiquen más humanidad para nuestras búsquedas ético-estéticas.

A conversar, a caminar, a recorrer la ciudad a ritmo del paisaje, a inventar abrazos duraderos entre la mañana y la noche, a tejer vecindades que traigan otras celebraciones del estar juntos. Podríamos inventar las rutas del agua, las rutas del silencio, las rutas de la pregunta, las rutas del compartir sin cuenta de cobro, a colorear las calles, desde las metáforas de las niñas y los niños, tomados para siempre de las manos de sus abuelos, de los mayores de la entrañable ciudad. A expedir pasaportes para los adultos mayores, de todos los espacios donde los jóvenes cultivan lo más sagrado de sus creaciones pictóricas, dancísticas, teatrales; todo su repertorio de los nuevos lenguajes que crean a diario para el mundo. A compartir los saberes acumulados y los recién aprendidos en las nuevas propuestas humanas, académicas, que la Universidad de Caldas en este tiempo vital, propone a estos estudiantes del eterno vivir.

Aparecerán entonces los universos intergeneracionales, los de lo no dicho, los de un silencio que merecería convertirse en palabra, para celebración de la vida por vivir. Lo intergeneracional como el cuidado de todos los cuidados, para que cada habitante de la ciudad, se sienta convocado, provocado, incluido, desde su particular forma de asumir estas cotidianidades, en nuestras abismales topografías. Lo Intergeneracional como la recuperación de nuestra cultura de la convivencia, de la vecindad creativa, de la fiesta del estar juntos, para trazar nuevos mundos posibles para todos.

En algún momento leímos de nuestra política colombiana, la definición de grupos vulnerables y aparecían los niños-niñas, los jóvenes y los adultos mayores. Preguntamos vitalmente:

¿Vulnerables los niños y las niñas, cuando son el nacimiento de la pregunta?  
¿Vulnerables los jóvenes, cuando son la poética de toda transgresión?

¿Vulnerables los adultos mayores, cuando son precisamente la memoria del camino? Y si los pensamos como el gran trípode, de cualquier reconstrucción entusiasta, humana, en cultivos creativos diversos, polifónicos. Es la gran fiesta de los saberes colectivos, que acunaremos amorosamente, en la entrañable ciudad de todos los nacimientos.

## **Caminos en ruta intergeneracional, para el imaginario de un mapa vivo de Ciudad**

“RECORRER LA CIUDAD A RITMO DEL PAISAJE” en la que “CADA SER HUMANO SERÁ COMO UN LIBRO NO LEIDO”

1. Conversatorios de ciudad entre abuelos y nietos. Lo abuelos narran sus infancias. Los nietos preguntan en lúdica libertad.
2. Rutas del caminar de la mano, para alivio del cuerpo colectivo. Para estos tiempos tan complejos, necesitamos de la compañía, siempre la compañía. No es bueno intentar vivir estos ritmo-tiempos solos, cuando sabemos que nos tocara asumir nuevas y complejas demandas, de las naturalezas tanto naturales como humanas.
3. Los niños y niñas, les enseñan a los adultos, alrededor del juego. ¿Cómo los niños y las niñas, podrían educar a los adultos? (ejercicio Bogotá-Secretaría de Educación.)
4. Programación cultural...cada evento podría incluir temas para abuelos-nietos. O actividades creativas específicas, dentro del evento mismo. Procesos de creación colectiva entre unos y otros. Conjugación maravillosa de sus particulares éticas y estéticas. Co-crear para Convivir.
5. Actividades deportivas lúdicas, afuera y juntos. El cuerpo como expresión de un todo, que nos cuida y aproxima en un nosotros indivisible. Nunca desde la competencia, la rivalidad, la anulación de las capacidades del otro. Cada ser humano, desde su particular forma de ser y estar, embellece los paisajes de ciudad, los entornos territoriales.
6. Caminatas por senderos ecológicos, aptos para compartir entre determinadas edades, que potencien la conversación (caminar la palabra del otro).

7. Historias de los barrios que acentúen los contextos de las infancias. De todas las infancias, las del juego, las del miedo, las del poder, las del agua, las de la esquina, las del olvido.

8. Temas estratégicos de ciudad, que convoquen a la creatividad, la innovación, de niños, adolescentes, jóvenes y adultos mayores (Intergeneracional). Las rutas de la palabra, las rutas del silencio, las rutas de la contemplación, las rutas de la complicidad. Las rutas cromáticas del Testimonio.

Cuando hablamos de relaciones intergeneracionales, nos estamos refiriendo vitalmente a las relaciones de la Armonía, que los adolescentes denominan para dar a entender, como deberían ser entre Educación y Cultura. Relaciones que le dan sentido a cada uno de los sucesos de la ciudad, que traen consigo aprendizajes y prácticas de una ética profunda, amorosa, sensible e inteligente. Entre la Cultura y la Educación, van y vienen la mitad de las gestualidades humanas, que desde sus particulares formas de sucederse, se contienen unas a otras inseparablemente. Como si deseáramos afirmar, que todo acto cultural, es un gran hecho educativo y todo acto educativo, es un gran hecho cultural. Sucede así, hasta en lo mas sutil, en lo mas imperceptible. Esta es la metáfora, quizá más bella del silencio. Jamás como ausencia de sonido, de palabra, por el contrario, nuestra consciente forma de dejar de vernos, para mirarnos, dejar de oírnos para escucharnos, dejar de garlar tanto para conversar de verdad un poco. El silencio como la forma más sutil de acompañar a cada ser humano de la ciudad, desde su particular forma de ser y de sentir. Es otra ética, una especie de complicidad humana, que me permite entender cuando la quietud, cuando el bullicio, cuando la escucha, cuando la ausencia silente necesaria.

Es otra práctica de lo humano, en otra humanidad pausada, que aprende a evitar las velocidades de lo prematuro, de la improvisación, de los afanes innecesarios, para inspirar las pausas variopintas, de una complicidad humana, desde lo más profundamente humano del existir. No se trata entonces de imponer nada, de exigir nada, de cuestionarlo todo. En esta tarea sabrán acompañarnos la hierba, las piedras, la sombra del vuelo del Colibrí, los vientos del sur, la hora sagrada de las cosechas, por los siglos de los siglos.....

## Un acuerdo no negociable

No se trata de plantearle solo estas ideas a los ciudadanos en general. Se trata de construirlas con ellos, procurando que cada palabra, que cada gesto, tengan un lugar en el escenario mismo de la creatividad. Bello camino el de consultar a los niños, niñas, adolescentes, jóvenes y adultos mayores, sobre sus diversas ideas y deseos, para el diseño colectivo, de un paisaje de civilidad compartida, acunada, desde un nuevo nosotros polifónico, acompañado, que atraiga por siempre, en caravanas, la anhelada visita de los pájaros y las mariposas.



*Bordados de Livia.*

# Tema libre

Francisco Ramírez-López



*Estimado y recordado Carlos-Enrique: En algún momento de mi larga vida pensé que yo era una persona de convicciones inmodificables; nada más alejado de la verdad. Algunas de ellas han sido talladas por los años, despojándolas de los excesos para liberar el corazón; otras, no han resistido el paso de las gubias afiladas por el tiempo, y simplemente han desaparecido sin dejar rastro. Algo similar ha sucedido con mis saberes: la velocidad y constante cambio de la información que en algún momento pensé que no se me escaparía, ya no la puedo seguir. No tiene sentido hacerlo. Temas, otra vez importantes, han pasado al rincón de los olvidos, y muchísimos otros se alejaron de mi interés. No fui erudito en nada, aunque quise navegar en todo. Tomé lo que más sentí y lo que más me emocionó. Hoy, solo permanecen fortalecidos: el corazón, y la agilidad suficiente para esperar a que el vértigo de la información termine su ciclo, para cuando pase por mi. F.R.L.*

No he sido amigo de decir, cuando se me destaca positivamente por algún hecho de mi vida: “agradezco la inmerecida distinción”; pienso, eso sí, que quien la otorga ha tenido suficientes motivos para hacerlo, y que estas palabras de agradecimiento además de constituir, según mi sentir, un acto de falsa modestia, ponen en duda el criterio de quien entrega tal reconocimiento.

No obstante esta aclaración, me pregunto qué pudo haber impulsado a Carlos-Enrique para invitarme a escribir con motivo de la conmemoración del sexagésimo aniversario de vida de *Aleph*; para estampar mis letras en esta prestigiosa publicación fruto de su creatividad y tesón. Publicación que gestó desde su perspectiva cultural y ha llevado delicada y rigurosamente de su mano durante seis décadas. Además: darmel licencia y responsabilidad, como al 007, diciéndome: “Tema libre”.

Pero si él sabe que solo escribo sobre ocurrencias de mi vida y con relación a experiencias cercanas, que son base para mis cortas narraciones; que mis palabras se derivan de algo que conozco, que he vivido, o que me han contado. De algo simple.

Pero bueno: sin más elucubraciones, y eso sí, más orgulloso que un pavo real he comenzado a estrujar la neurona para encontrar un “tema libre”, suficientemente interesante y profundo, que esté en concordancia con la estatura cultural de *Aleph*.

Haciendo uso de la libertad, el primer camino que transité fue el de la procedencia de la palabra Aleph. Consideré que debía investigar para precisar su etimología, descubrir sus raíces y explorar su origen para, sobre ese fundamento, tomar la senda y desarrollar el tema.

Encontré por el camino el *Aleph* de Borges. No había leído ese cuento y descansé un rato en él. Me mostró que su Aleph es un punto que contiene todos los puntos; una pequeña esfera que contiene todas las esferas; la unidad que contiene todas las unidades. Concepto profundamente interesante. ¡La Totalidad!: digo yo.

Puse punto y aparte. Tomé aliento y reanudé la marcha para encontrarme con Aleph, primera letra del alfabeto hebreo, letra procedente del alfabeto fenicio, cuyo significado es: buey. Por lo tanto, equivale a fuerza, a potencia, a trabajo infatigable, a perseverancia. Que también es el número 1; unidad y grandeza: Dios. ¡La Totalidad!

Quién fuera a creer que todos esos elevados y espirituales significados también son, hoy día, una plataforma electrónica diseñada para coadyuvar en el descubrimiento de fechorías cometidas por el crimen organizado. Buen propósito.

Al fin y al cabo, pensándolo bien: *Aleph* es un punto que contiene todos los puntos.

Como no quería tropezar en caminos tan intrincados y por lo tanto, fuera de mi alcance y conocimiento, y obviamente, no carentes de peligros para mí, opté por otra ruta, es decir: cambié de tema haciendo uso de la libertad concedida. Entonces, apunté mi sagita hacia, 60 años. Me pregunté qué significa llegar hasta esas instancias; haber cabalgado, cual jinete inmóvil durante tanto tiempo, resistiendo las arremetidas que seguramente se presentaron en la travesía. Encontré que esas seis décadas son llamadas: Jubileo de Diamante. Símbolo de belleza, de brillo, de impoluta transparencia y al mismo tiempo, de durísima consistencia forjada por milenios en las entrañas de la tierra. Por lo tanto: resistencia y persistencia. También *Aleph*.

Después de asomarme por varios caminos, me dije que, "tema libre" como unidad, era espacio recorrido que no debía abandonar y me dirigí al pasado cuando les decía a mis estudiantes de Diseño industrial: una respuesta proyectual para tal día: "tema libre...". Las reacciones aparecían de inmediato: desconcierto, preguntas sin respuesta y finalmente consultas entre ellos y la disponibilidad de asumir el compromiso. Se cumplía el primer objetivo: agruparse para resolver. Lo demás vendría por añadidura.

La libertad, en el caso que menciono, es un acto de depuración, de eliminación de obstáculos, es la búsqueda de lo esencial. En la medida en que los espíritus se sosegaban y la confusión inicial se disipaba, surgían alianzas, ideas de conjunto, la selección de temas y la decisión de actuar para superar el crítico momento inicial. Al principio, desplegado un abanico de múltiples posibilidades; luego, descartando los imposibles y después, exponiendo decisiones argumentadas. Este siempre fue el objetivo: hacerse responsables de sus propios planteamientos; de sus propios actos mediante una deriva que conducía al análisis constante para dar rienda suelta a la creatividad; ejercitarse la persistencia; no desfallecer; fortalecerse en el propósito y lograr la brillantez, la transparencia, la consistencia argumental. Conseguir la unidad. Características de *Aleph*.

Para asegurarme de que lo planteado con relación a la libertad fuera coherente, busqué ensayos sobre el tema; varios, no muchos, los suficientes para darme cuenta que en todos ellos, sin excepción, se hacía evidente la necesidad de establecer límites. En algunos casos se partía de lo opuesto, de la “no libertad”, para establecer una plataforma de múltiples límites y extenderse sobre los alcances de la libertad.

Es sabido que la libertad está enmarcada en normas y leyes que establece la sociedad. Que se es libre mientras no se controveja, infrinja, o choque con la libertad de otros. Eso está bien, así debe ser. ¿Pero quién determina los límites? ¿La libertad emana de un poder superior que indica cómo debemos ejercerla? ¿La limita? Sí: ¡la limita!

Pretendiendo no divagar, amplié la pesquisa para saber quién se había ocupado del tema a través de la historia. Encontré que más de 2,000 años antes de nuestra era, aparece en una tablilla sumeria la palabra Libertad; que en la Grecia antigua, entre otros, Aristóteles y Sócrates se ocuparon del asunto, que filósofos más cercanos a nuestros tiempos, como Kant, Rousseau, Sartre, Nietzsche, y miles más, navegaron aguas adentro sobre este concepto. También apareció Tomás Moro, de quien tengo más frescas referencias, por aquello de lo utópico en el Diseño.

Abandoné la posibilidad. –¡No!, abandoné suena prepotente–. Me abandonó la posibilidad de incursionar sobre la libertad, tema profundamente recorrido por tan importantes pensadores y me dije: Utopía puede ser la ruta. Esa isla imaginaria en donde la armonía es total, aunque imposible en cualquier otro lugar; esa isla de una sociedad idílica, justa y perfecta. Utopía, palabra sinónimo de lo imposible.

Además, de la de Tomás Moro, comencé por repasar otras utopías para afianzar mi camino; vi claramente en mi mente a Ícaro volando cerca al sol y cayendo estrepitosamente; también vi a Julio Verne viajando a la luna y dando la vuelta al mundo en 80 días, y en su escritorio escribiendo otras utopías. Todas estas utopías, hoy día son nuestra realidad: viajamos a la luna y a las estrellas; volamos alrededor del mundo en unas cuantas horas; nos comunicamos en tiempo real con otras personas en cualquier lugar del planeta.

Hoy sesenta años después, si alguien con “los pies bien puestos en la tierra”, pudiera haber considerado *utopía* una publicación cuyo objetivo fuera la divulgación de la cultura, como imposible, como idea fugaz, como propósito irrealizable, como algo insostenible, efímero, pasajero; el transcurso del tiem-

po lo desmentiría puesto que ha demostrado todo lo contrario después de seis décadas de *Aleph* vigorosa y actual. *Aleph* estandarte. *Aleph* futuro, *Aleph*: utopía hecha realidad.

“Tema libre”, como a mis estudiantes, me ha servido para aprender; para explorar posibilidades; claro: superficialmente, volando rasante para no tropezar o elevarme como Ícaro, con plumas mal pegadas. También me sirvió, para concluir con total seguridad, sin duda alguna, que el punto que contiene todos los puntos, que la pequeña esfera que contiene todas las esferas, que la unidad que contiene todas las unidades; son descripciones acertadas y precisas para referirse a seis décadas de profundo contenido de publicación literaria, de arte y de pensamiento; de fortaleza y determinación; de persistencia; de impecabilidad en su contenido y de la excelente conducción con que, con pluma firme, ha sido dirigida la potente nave que recorre infatigable las múltiples rutas de la cultura y que como mascarón de proa, lleva tallado: *Aleph*.

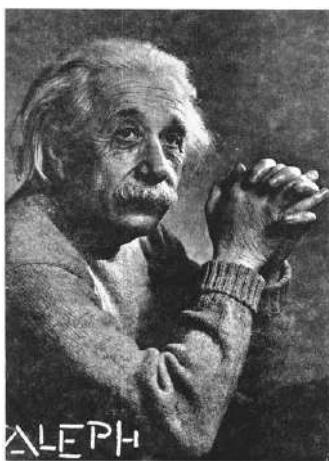
¡Indivisibles felicitaciones!

\*

#### CV:

La Casa de Pino Fresco, ha sido construida en gran medida por las delicadas manos de MaríaH y las toscas mías; está situada en la vereda Tagua Alto del municipio de Guachetá Cundinamarca. Allí escribo recuerdos y recuerdo escritos. Esta casa en el bosque, con olor a bosque, es síntesis de mi actividad particular como Arquitecto y Diseñador, en la que ha primado el respeto por el medio ambiente. Principio que también rigió mi participación en las empresas en las que presté mis servicios profesionales: Banco de la República; Departamento de Planeación Nacional; Promotora de Vivienda Cooperativa (Provicoop), y como Profesor de arquitectura y Diseño Industrial en el país y el exterior. Universidad Católica de Colombia; Universidad Piloto de Colombia (en la que me gradué de arquitecto en 1971); Universidad Javeriana de Bogotá; Universidad Jorge Tadeo Lozano; Altos de Chavón, la Escuela de Diseño, en República Dominicana; Minneapolis College of Art and Design; Isthmus- Escuela de Arquitectura y Diseño en Panamá; Universidad Autónoma de Manizales.

En el entretanto he realizado exposiciones individuales de pintura y escultura, dictado algunas conferencias, y ahora me ha dado por escribir. El veintiuno de diciembre de 1941 Anita, mi mamá, me trajo al mundo en Carrillo, Córdoba, a orillas del río Sinú, corregimiento de San Pelayo. Soy fruto de amorosos padres; esposo, padre, abuelo y bisabuelo.



## Notas

**Sobre el libro *El poder inefable de la música*:** Darío Valencia-Restrepo, miembro honorario de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, publicó durante más de 30 años numerosos ensayos y artículos sobre música. Los textos aparecieron en el periódico El Mundo, de Medellín, en varias revistas universitarias y en publicaciones en internet. Ante la sugerencia de algunos editores, dicho autor decidió reunir en un libro una selección del material que se encontraba disperso en esos diferentes medios de comunicación.

El libro está dividido en dos partes, la primera de las cuales incluye estudios sobre Bach, Mozart, Beethoven, Schubert y Mahler, en tanto que la segunda presenta ensayos y artículos sobre la música. Entre las dos partes se incluyó una selección de imágenes alusivas al contenido del libro, representativas

de lo tratado en el mismo. Además, se ofrece al lector la posibilidad de escuchar grabaciones musicales, así: en el Contenido del libro se indica cómo seguir en internet algunas obras relacionadas con compositores estudiados en el mencionado trabajo; y al terminar algunas secciones del libro, es posible escuchar obras de interés con ayuda del código QR.

El Prólogo de la publicación estuvo a cargo del miembro honorario de Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Carlos-Enrique Ruiz, fundador y director de la Revista Aleph durante 59 años. Ese escrito se refiere en forma extensa a los principales aspectos del libro, con el fin de señalar la calidad del contenido y su valor educativo. El autor del libro, a la vez editor y diagramador de la publicación, señala en la Introducción su aspiración a que el

libro sea de interés para los melómanos, proporcione información poco disponible en nuestra lengua y haga patente el poder inefable de la música. La publicación es de gran formato y de cuidada presentación.

### Algunas opiniones:

- **De Martha Senn** (“El Tiempo”, 07.XI.2025). Unas jóvenes egipcias tocando la flauta, el arpa y el laúd, que viven para siempre sobre un papiro descubierto en la tumba del escriba Nait, Tebas de la XVIII dinastía, aparecen como portada de la primera edición del libro que lleva como título un preciso y precioso nombre: *El poder inefable de la música*.

Impreso en septiembre de 2025 en Cooimpresos en Medellín, su autor, el académico, ingeniero civil y consultor independiente Darío Valencia Restrepo, además de melómano e investigador, escribe sobre ciencia, tecnología, educación y cultura. Son 167 páginas acompañadas de imágenes y grabaciones en internet, con estudios de algunos compositores y ensayos y artículos sobre música, que se pueden resumir en una sola palabra: APRENDIZAJE. Al lector interesado lo que le queda es la fortuna de acercarse a la vida y obra de grandes músicos inmortales, con anécdotas poco conocidas, muy atractivas, presentadas con las palabras sencillas y el gran gusto del escritor.

En días pasados tuve el privilegio de conversar sobre esta publicación con el propio autor y con la filósofa Marta Bravo Betancur, ante un público que participó con interesantes apreciaciones sobre la importancia de incitar en niños y adolescentes la llamada inteligencia musical y fomentar en ellos, tanto en familia como en la escuela, sus tempranas conciencias como seres creativos y sensibles, con capacidad plena de emocionarse ante el arte y su belleza.

Como se resalta en el completo análisis que en el prólogo hace Carlos Enrique Ruiz, director de la revista cultural *Aleph*, el autor de este “enjundioso libro”, después de estudiar formas clásicas y modernas en la música, expone experiencias nacionales en su alcance social, para destacar “el valor educativo de estimular la creatividad, la imaginación y el reconocimiento de ideas y relaciones no expresables con palabras”.

A mí me produce alegría corroborar, gracias a este escrito, que Beethoven marcó con su obra una revolución en la historia del arte, dándole a la música una significación insospechada en la sociedad y en la cultura.

Para los musicantes es de especial atractivo esta obra. Como las horas del día se nos agotan leyendo y memorizando partituras, nos quedan, por lo general, vacíos que los melómanos contribuyen a llenar. A mí me produce alegría corro-

borar, gracias a este escrito, que Beethoven marcó con su obra una revolución en la historia del arte, dándole a la música una significación insospechada en la sociedad y en la cultura. Esto no ocurrió con Bach y Mozart, afirma el autor, que cambiaron el mundo para siempre e hicieron la vida más digna de vivirse. “La humanidad encontrará siempre en Mozart un bálsamo para sus dolencias, un ejemplo de la grandeza y fortaleza del espíritu, y la esperanza de un mundo mejor para todos”.

Valencia destaca que el niño prodigo fue, además, capaz de cantarle a la utopía de libertad en el primer acto de su ópera *Don Giovanni*, en su palacio, frente a nobles y campesinos, con la actuación simultánea de tres orquestas pequeñas que festejan con diferente compás cada una, en interpretación de danza, contradanza y minueto. Un verdadero milagro de genialidad.

Al hacer la semblanza de Gustav Mahler, Valencia lo califica como “el compositor de máximo desarrollo en las opciones sinfónicas de la canción”, arquitectura musical que le dio un adiós al romanticismo.

Y al adentrarse por los vericuetos de las letras, como se destaca en el prólogo, el autor aborda la existencia de dos figuras en la literatura del Siglo de Oro Español: don Quijote y don Juan, personajes

que enfrentan una polaridad extrema en todas las épocas: la exaltación del espíritu el uno, y de la sensualidad el otro, ambos protagonistas de poesía, novela, cuento, ensayos, teatro, drama, comedia, ópera y música. Y la tradicional discusión sigue abierta: ¿qué predomina: el texto o la música?

- **De Nelson Vallejo-Gómez** ( París, 05.XI.2025). La alegría del reconocimiento desinteresado. / Después de una intensa jornada en la Inspección General de Educación de Francia, buscando con mis colegas establecer los indicadores pertinentes para evaluar el servicio público del derecho a la información y a la orientación en el sistema escolar nacional y regional, llego a mi apartamento parisino y me encuentro con un sobre de manila; lo abro y recibo un fabuloso e inmerecido regalo.

Se trata del bello libro de #Darío ValenciaRestrepo sobre EL PODER INEFABLE DE LA MÚSICA, publicado en mi tierra natal, Medellín, septiembre 2025. El autor es un eminente ingeniero, egresado de la Facultad de Minas de Medellín, con posgrado en la Universidad Nacional de Colombia (de la cual fue rector) y en el Massachusetts Institute of Technology (MIT). Ha sido rector de mi alma mater Universidad de Antioquia, gerente general de las Empresas públicas de Medellín.

Su libro muestra que el autor es una alianza rara de espíritu de ingeniería,

de finura y humanismo, un actor mayor de la gestión educativa y empresarial que ha sabido que, como decía Nietzsche, tenemos la música para no fallecer ante el arduo morir del vivir; amén de compartir su saber y pasión musical para que los educadores, los políticos y responsables de toda gestión del bien público conozcan “el poder de la música, su potencial” para relacionarse vitalmente con uno y la otredad, con el NosOtros, la Sociedad y la Naturaleza, “al igual que un valor educativo para estimular la creatividad, la imaginación y el reconocimiento de ideas y relaciones no expresables con palabras”.

Me pregunto cómo y por qué llega a mis manos este libro, en este momento de mi vida, casi como un regalo del reciente día de mi Santo; me llena de alegría y de gracias.

Veo que el Prólogo ha sido escrito por mi amigo-maestro, Carlos-Enrique Ruiz, director-fundador de la Revista ALEPH, Manizales, Colombia.

Entonces comprendo que el libro no ha atravesado todo el Océano Atlántico y llegado a mis manos por azar.

Se trata de una conspiración, una inspiración y una respiración espiritual, de la constelación de tejedores de #PoÉtica-DeCivilidad que durante toda una vida tejen y entrejen Carlos-Enrique y Livia en el Jardín de Aleph.

Gracias queridos Carlos-Enrique, Livia y Darío por hacerme llegar este bello regalo.

Véase la edición n°206 de la Revista ALEPH, dedicada a la obra de Darío Valencia Restrepo:

[https://www.revistaaleph.com.co/edicion/edicion-no-206/...](https://www.revistaaleph.com.co/edicion/edicion-no-206/)

- **De Mario Gómez-Vignes** (Jamundí, Valle del Cauca, 28.X.2025). “Querido Darío: / Tu reciente trabajo literario es —para mí y sin ningún lugar a dudas— fascinante, atractivo y sabio por muchos motivos: entre muchos otros, por la enorme variedad de temas referidos a la Música, por el respeto y el interés auténtico y profundo con que se abordan esos temas, por la asombrosa cantidad de información tan oportuna y correctamente expresada y en fin por la lujosa presentación limpia, impoluta y sin tacha. / Compruebo allí que fuera del abundante material nuevo, hay allí artículos que hacen su segunda “presentación en sociedad”, v.gr. un artículo de tu autoría en el periódico «El Mundo» (año 2012), de Medellín, comentando un trabajo del suscrito. / Gracias, muchas gracias, querido Darío; con «El Poder Inefable de la Música» estoy teniendo una buena excusa no sólo para disfrutar de buena, culta y sana lectura, sino también para conocer y enterarme de tantísimos aspectos que a veces se nos pasan inadvertidos en lecturas de índole semejante. / Mil y mil gracias: te envío un estrecho abrazo virtual.”

**20 de noviembre - Día mundial de la Filosofía** (por: Orlando Londoño B., Prof. Escuela de Filosofía, Universidad de Caldas). La educación, pero de manera especial la filosofía, tiene como función crear un clima de la cultura y del espíritu propicios para que los seres humanos puedan pensar y realizar sus sueños de libertad. Esta tarea de abrir horizontes de sentido y de formar sujetos capaces de juicio no es un adorno cultural, sino la base misma de la vida democrática y de la dignidad humana. Allí donde la educación deja de cultivar el espíritu crítico, se reduce a mera instrucción o entrenamiento técnico, perdiendo su capacidad de transformar y de ofrecer un horizonte de libertad.

El lugar desde el cual entiendo la filosofía no es el de una disciplina cerrada sobre sí misma, ni el de una contemplación abstracta del mundo, sino, en coherencia con Hegel y más acá con Adorno y Arendt, el de una práctica histórica de pensamiento que se interroga permanentemente por las condiciones de posibilidad de la libertad humana. La filosofía, como señala Deleuze, no contempla ni comunica: crea conceptos; y en esa creación conceptual radica su poder de resistencia frente a las fuerzas que intentan clausurar el pensamiento. Crear conceptos no significa producir definiciones estáticas, sino elaborar nuevas maneras de pensar el mundo, de abrir sentido donde parecía no haberlo, de articular lenguajes capaces de nombrar lo inédito de la experiencia.

Así entendida, la filosofía se sitúa en el cruce entre la historia y la crítica. Es histórica porque los conceptos que crea emergen siempre en relación con su tiempo, en respuesta a los desafíos y posibilidades de cada época; y es crítica porque al mismo tiempo que da forma a esos conceptos, los somete al juicio de la razón y los pone en diálogo con la realidad que los produce.

**En memoria del Prof. Arq. Mario Barreneche-Vélez** (Por: Victoria Luisa Aristizábal-Marín, Arq.).



En homenaje póstumo a mi querido profesor de Historia del Arte, arquitecto Mario Barreneche Vélez — caricatura hecha por mi compañero de estudios, arquitecto Carlos Alberto Gómez Fernández (1987):

Quiero expresar mi más profundo agradecimiento y mi sincera admiración al arquitecto Mario Barreneche Vélez por haber sido, sin duda, el mejor profesor que tuve durante mis años de carrera en

la Universidad Nacional de Colombia. Él no solo me enseñó fechas, estilos y movimientos artísticos, sino que me mostró cómo mirar el arte, cómo entender los espacios, las formas, los colores y las historias detrás de cada obra. Su pasión por la arquitectura, su rigor académico, su sensibilidad estética y su talento para transmitir tanto conocimiento como entusiasmo hicieron que cada clase fuese una experiencia viva, llena de descubrimientos.

Gracias a sus clases, despertó en mí la curiosidad por conocer lugares del mundo, por recorrer el arte y la historia con mis propios ojos.

En cada viaje y en cada ciudad, siento que su voz me acompaña, recordándome cómo observar y comprender la belleza que nos rodea.

Al recorrer un edificio histórico, al detenerme ante una catedral, al admirar un fresco, pienso que nada de lo que percibo ahora habría sido lo mismo sin lo que aprendí con él.

Me enseñó a cuestionar lo obvio, a apreciar la belleza en lo cotidiano y a entender que el arte no es solo algo que se contempla, sino algo que transforma, algo que se vive.

Gracias por su paciencia infinita, por las horas extra para resolver mis dudas, por corregir con cuidado, por estimularme a investigar, a preguntarme, a buscar siempre el porqué. Gracias también por su humanidad: por escuchar, por compartir sus experiencias, por demostrarnos que hacer arquitectura o estudiarla

es también comprometerse con el sentido de nuestra cultura y con el respeto al pasado.

Me siento muy afortunada de haber sido su alumna. Lo que aprendí con el profesor Barreneche va más allá de lo académico, ha sido una inspiración para mi vida profesional y personal. / Con gratitud profunda y con admiración. / Tu alumna, Arquitecta Victoria Luisa Aristizábal-Marín (Manizales, 07.X.2025)

**Nos escriben....** “Maestro querido, he leído tu texto (o columna) que se publicará este domingo en La Patria./ Tú lectura sobre la obra y vida de Hannah Arendt, arroja luz del pensamiento y del entorno sobre el que ella reflexionó, y que sigue vigente en estos “tiempos sombríos” para decirlo con tus palabras./ Resurge de nuevo, el ser humano alienado, amedrentado, convirtiéndose manipulable hasta el infinito por la máquina autócrata que apunta hoy día a la destrucción de una de las laboriosidades que derivan de la condición humana: pensar. Y, en este sentido, tu magistral reflexión sobre los trabajos de Arendt nos invita a leerla y seguir su ejemplo a fin de entablar el diálogo y la cooperación para obtener un entendimiento recíproco entre los humanos./ Además, me parece valioso el énfasis, que desarrollas en la columna, sobre la importancia del pensar, paso necesario que posibilita que reconozcamos diferencias y particularidades, y la plurali-

dad del mundo humano./ Con excelente claridad, y tersa prosa, nos presentas, CER querido, elementos primordiales para emprender la difícil tarea en estos “tiempos sombríos” de hacernos cargo para la consecución de un mundo construido mediante la palabra y el pensar en el seno de la libertad./ Abrazos infinitos y respetuosos por tu relevante intelectualidad!!!” Antonio García-Lozada (West Hartford, EUA, 10.X.2025)

“Con profunda admiración y respeto, recibe un cálido saludo muy especial y muy sentido, maestro Carlos-Enrique, alma creadora y perseverante detrás de la Revista Aleph, una joya editorial que desde 1966 ha iluminado el pensamiento crítico, la literatura y el arte en nuestras tierras./ Tu incansable labor, que hoy continúa con fuerza en formato digital, es testimonio de una vocación auténtica por la cultura, el diálogo y la libertad de expresión. Aleph no solo ha sobrevivido al paso del tiempo, sino que ha sabido reinventarse, manteniéndose como un faro para nuevas generaciones de lectores y pensadores./ Gracias, Carlos-Enrique, por sembrar ideas, por abrir caminos, y por demostrar que la palabra escrita sigue siendo un acto de resistencia y belleza./ ¡Larga vida a Aleph y a su fundador!” Claudia De Greiff (Bogotá, 11.X.2025)

Al responderle agradecido e invitarla a escribir para el Volumen de los ¡60 Años!, escribió:

“Comovida por la hondura de tus palabras, recibo tu mensaje como un abrazo cálido que atraviesa el tiempo y la memoria. Me honra profundamente tu evocación de mi estirpe, tejida por voces que han amado la ciencia, la cultura, el arte y el humanismo como formas de resistencia y belleza. Que nombres a Jorge Arias De Greiff, a León, a Hjalmar, es como encender lámparas en el corredor de la historia: cada uno, un faro que sigue iluminando el pensamiento colombiano./ Acepto con gratitud y entusiasmo tu generosa invitación a escribir para el volumen conmemorativo de los 60 años de la *Revista Aleph*. Será un privilegio contribuir a esa celebración de la palabra, del pensamiento libre, de la persistencia editorial que tú encarnas con tanta dignidad. Me comprometo a enviarte mi texto antes de que concluya este año, como ofrenda a esa constelación de sabios que nos preceden y a la que tú perteneces./ Recibe tú también mi abrazo afectuoso, lleno de admiración y gratitud. Que la salud y el bienestar te acompañen siempre, como la poesía que nunca deja de florecer.” Claudia De Greiff (Bogotá, 11.X.2025)

“Mil gracias, querido amigo, [CER], si la insolencia de llamarte así es permitida por los breves encuentros que a través de la tecnología nos han permitido compartir reparadoras y alicientes palabras. Sin duda nuestro vínculo se da a partir del profundo gusto y estudio de la lite-

ratura. Me conmueve saber que en una época como esta, sea posible entablar un diálogo evocando tiempos donde se compartía la palabra en un territorio de libertad, de búsqueda, de resistencia íntima. Ese gesto —el de retirarse para pensar, para leer, para dejar que el mundo se decante en silencio— es también el que ha sostenido, durante décadas, la obra editorial de tu revista. ALEPH ha sido, en muchos sentidos, la prolongación de ese cuarto simbólico: un espacio donde la literatura, la filosofía, la ciencia y la memoria cultural se encuentran sin jerarquías, con la misma amplitud de espíritu que caracterizaba al poeta de *Tergiversaciones*.

Encarnas tu moderado escepticismo —tan cercano al de Montaigne— y en su convicción de que la labor intelectual no necesita estridencias para dejar una huella perdurable. Se percibe una fe tranquila en el poder de la palabra, no para transformar el mundo de manera grandilocuente, sino para iluminar discretamente la conciencia, para acompañar, para preservar. Posees una paciencia de artesano que ha edificado un universo editorial permitiendo que muchas voces encontremos refugio. ALEPH bajo tu dirección, es heredera de ese espíritu: un sitio donde la literatura y las artes no se consumen, sino que habitan y prevalecen.

Recibe un sentimiento de inmensa gratitud por tus palabras tan generosas, tan reparadoras, tan dicientes. Por

acogerme. Me alegra profundamente que la colaboración esté destinada al Volumen de los ¡60 Años! de ALEPH; —con gusto esperaré esa edición conmemorativa, que sin duda tendrá un brillo especial-. Confieso que esa perspectiva —la de acompañar un hito tan significativo— me honra y me entusiasma, pero sería conveniente que el artículo saliera a la luz, en la edición 216 del primer trimestre del año entrante, dado que los dos nacieron en el mes de marzo.

Aprecio también la consideración respecto a las fotografías y al montaje gráfico de los centenarios. Entiendo plenamente las exigencias de la edición impresa y, por ello, me permito ofrecerte mi apoyo en el diseño de una portada alternativa y optimizada para la publicación digital e impresa, si lo consideras pertinente. Será un gusto trabajar en una propuesta que dialogue con el espíritu de la revista y con la sobriedad que la caracteriza, pero si no es necesario, estará perfecto.

Tu referencia a *Montaigne* me toca de manera especial. Sabes bien cuánto me acompaña también ese “moderado escepticismo” suyo, tan humano, tan lúcido, tan necesario en tiempos donde la estridencia parece imponerse. En más de una ocasión he encontrado en sus ensayos el mismo refugio que él hallaba en su torre, ese espacio donde el pensamiento se aquietá y se vuelve más verdadero. Quizá por eso me conmueve tanto la afinidad que mencionas: am-

bos, cada uno a su modo, buscamos en la lectura un amparo que no exige ilusiones, pero sí constancia. “Permíteme, además, incorporar como epígrafe —a modo de guiño y de puente— aquellas palabras que abren mi artículo *El cuarto del Búho*, sobre la biblioteca de León de Greiff, publicadas en la Revista Bibliotecas: del papiro a la informática: *Allí está mi refugio. Procuro sustraerme en ese espacio donde el encuentro con los libros me procura un aliento de placer con el saber.*

Creo que esa frase, que tanto dice de De Greiff, también nos hermana en la manera de habitar el mundo: desde la lectura, desde la contemplación, desde la labor que no pretende cambiarlo todo, pero sí dejar una huella benéfica, aunque sea mínima, aunque sea íntima. / Con afecto y admiración,” Claudia De Greiff (Bogotá, 19.XII.2025)

“Gracias, querido Carlos-Enrique, por este merecido homenaje a una personalidad que mucho admiro [Hannah Arendt]. Importante que pones de presente su vigencia en estos tiempos oscuros, lo cual llevará a lectores a conseguir libros tuyos, como los que mencionas y aparecen en la ilustración. Se desprende de tu artículo un pensamiento analítico de la realidad por parte de la autora, al punto de que podríamos verlo como un Pensamiento-Acción. No hace mucho pude leer directamente en The New Yorker sus despachos desde Jerusalén para esta

revista, durante el juicio a Eichmann; su concepto de la *banalidad del mal* me conmovió. Seguí de cerca la intensa relación de Hanna con Heidegger, la cual se cuenta influyó en libros del filósofo, sin que este reconociera nada. Abrazo de agradecimiento.” Dario Valencia-Restrepo (Medellín, 11.X.2025)

“Muy apreciado Carlos-Enrique: / Para atender la amable invitación que me hiciste y que me honra, te adjunto el texto que te prometí [“Las estaciones en Japón...”]./ No se cuándo leí Aleph por primera vez, pero debió ser en alguna de las librerías que desde niño visitaba con frecuencia: la Buchholz, la Central, Tercer Mundo, La Casa del Libro, la Francesa, la Grancolombia más dos o tres librerías de viejo. Lo que sí tengo claro es lo sucedido en los últimos 35 años luego de mi regreso al país. Vivía cerca de *Biblos*, la librería de Consuelo Gaitán. Allí recogía con asiduidad la revista. Más recientemente, por fortuna para quien vive entre las montañas, la disponibilidad en la red ha resultado ser una maravilla permanente./ 60 años de Aleph no son un milagro. Son un testimonio de dedicación, de determinación y de valentía. Las calificaciones son insuficientes. Sólo se me ocurre agradecerle este tremendo aporte a la cultura y al humanismo en Colombia: ¡Felicitaciones sinceras! / Para ti y para Livia van mis deseos por un 2026 sosegado y pacífico./ Con gran afecto,/ Fernando

Barbosa” (Tabio, Día de Inocentes de 2025)

**Hemos recibido...** De Rubén-Darío Flórez A.: “Lectores de bibliotecas vs. Una biblioteca de lector” (Ed. Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia Bogotá, 2023); “Iosiph Brodsky o La quimera de Venecia” (Selección de poemas, traducción e introducción. En “Golpe de Dados – Revista de Poesía”, Bogotá 2006. “Vecinas del cuento – Palabras con propósito” (Antología 2025), con textos de Cristina Botero, María-Elena Jiménez, Martha-Lucía Londoño, Beatriz-Elena Santander, Luz-Adriana Suárez, Olga-Lucía Jaramillo (GALU). De Jairo Morles-Henao: “Jorge Cárdenas, pin-

tor” (Ed. Universidad de Antioquia, Medellín 2025); “Cartografía de taller – El oficio de escribir” (Taller de escritores, Ed. Biblioteca Pública Piloto, Medellín 2022); “Escritos desde la Sala”, Revista Cultural y Bibliográfica No. 30 (Ed. Biblioteca Pública Piloto, Medellín, s.f.). Revista UNAULA No. 33 (Ed. Universidad Autónoma Latinoamericana, Medellín 2013) que contiene un amplio y profundo estudio sobre “El hombre en Maimónides – Un proceso de humanización, o de cómo alejarnos de la animalidad”, de José-Guillermo Anjel R. “Boletín de la Academia Colombiana de la Lengua” No. 295 (Bogotá, julio/diciembre, 2024). “La voz del olvido y El eco del silencio”, poemario antológico de Teresa González-García (Ed. Manigraf, Manizales 2025).



*Bordados de Livia.*

**Patronato histórico de la Revista.** Alfonso Carvajal-Escobar (✉), Marta Traba (✉), José-Félix Patiño R. (✉), Bernardo Trejos-Arcila (✉), Jorge Ramírez-Giraldo (✉), Luciano Mora-Osejo (✉), Valentina Marulanda (✉), José-Fernando Isaza D., Rubén Sierra-Mejía (✉), Jesús Mejía-Ossa (✉), Guillermo Botero-Gutiérrez (✉), Mirta Negreira-Lucas (✉), Bernardo Ramírez (✉), Livia González, Matilde Espinosa (✉), Maruja Vieira (✉), Hugo Marulanda-López (✉), Antonio Gallego-Uribe (✉), Gustavo Duque-Franco (✉), Santiago Moreno G., Rafael Gutiérrez-Girardot (✉), Ángela-María Botero, Eduardo López-Villegas, Carmelita Millán de Benavides, León Duque-Orrego, Pilar González-Gómez, Pepe Cánovas (✉), Graciela Maturo (✉), Rodrigo Ramírez-Cardona (✉), Norma Velásquez-Garcés (✉), Luis Eduardo Mora-Osejo (✉), Carmenza Isaza D., Antanas Mockus S., Darío Valencia-Restrepo, Guillermo Páramo-Rocha, Moisés Wasserman L., Carlos Gaviria-Díaz (✉), Humberto Mora-Osejo (✉), Adela Londoño-Carvajal, Fernando Mejía-Fernández, Álvaro Gutiérrez-Arbeláez, Juan-Luis Mejía A., Marta-Elena Bravo de H., Ninfa Muñoz R., Amanda García M., Martha-Lucía Londoño de Maldonado, Jorge-Eduardo Salazar T., Jaime Pinzón-Atehortúa., Luz-Marina Amézquita, Guillermo Rendón G., Anielka Gelemur-Rendón (✉), Mario Spaggiari-Jaramillo (✉), Jorge-Eduardo Hurtado G., Heriberto Santacruz-Ibarra, Mónica Jaramillo, Fabio Rincón-Cardon., Gonzalo Duque-Escobar, Alberto Marulanda L., Daniel-Alberto Arias T., José-Oscar Jaramillo J., Omar-Darío Cardona A., Jorge Maldonado (✉), Maria-Leonor Villada S. (✉), Maria-Elena Villegas L., Constanza Montoya R., Elsie Duque de Ramírez, Rafael Zambrano (✉), José-Gregorio Rodríguez, Martha-Helena Barco V., Jesús Gómez-López., Pedro Zapata P., Alejandro Dávila-Arias, Ángela García M., David Puerta-Zuluaga (✉), Ignacio Ramírez (✉), Georges Lomné, Nelson Vallejo-Gómez, Antonio García-Lozada, María-Dolores Jaramillo, Farid Numa-Hernández, Albio Martínez-Simanca, Jorge Consuegra-Afanador (✉), Consuelo Triviño-Anzola, Alba-Inés Arias F.

# Colaboradores

**Pilar González-Gómez.** Psicóloga clínica en ejercicio. Dibujante y pintora de alta formación. Ilustradora principal de la Revista Aleph desde los años ochenta. Residente en Madrid (España)

**Ezequiel Gabrielli.** Arquitecto y Pintor argentino, residente en Bogotá. Ha ilustrado diversas ediciones de la Revista Aleph. La Universidad Nacional de Colombia publicó su libro, con textos, dibujos y pinturas en reproducción facsimilar: “Ezequiel Gabrielli – Arquitecto pintor”; Juan-Gabriel Ocampo H., Editor (Ed. UN-Bogotá, 2022).

**Rubén Darío Flórez-Arcila.** Ensayista, poeta, narrador, traductor. Filólogo, Lin-güista, Profesor/Investigador, Universidad Nacional de Colombia. Autor e la novela “La moneda de Bizancio” (2020). Premio Vitiaz de Oro, Foro Eslavo Literario, 2022, por su traducción de 20 poetas rusos.

**Pedro Zapata P.** Teatrero. Gestor cultural de primera línea, con trabajo perseverante, motivador, con niños, jóvenes, maestros, en Manizales, Bogotá, Medellín, de gran impacto social, como ocurrió con su movimiento “Jornadas Juveniles”. Licenciado y Magister en áreas de la Cultura. Ha publicado número importante de libros, en especie de antologías de sus trabajos con las comunidades: “Los parloteos”, “Viaje al corazón de la tierra”, “Libro de las preguntas”, “Infancias del agua”.

**Claudia De Greiff.** Comunicadora y gestora cultural de profesión, escritora de corazón. En una entrevista reciente, expresaron sobre su personalidad: “Habita la cultura y es habitada por ella. Teje palabras, proyectos y afectos. Amante del buen jazz, contempla y se enamora de un plano perfecto en el cine. Su vida profesional ha sido un gesto constante en el campo de las artes con su aporte colaborativo a las políticas culturales de Bogotá. Escribe poemas en tardes de lluvia y amaneceres azulados. Su mirada es sensible, rigurosa y profundamente humana. Claudia es, ante todo, una mujer comprometida con el encuentro y la posibilidad de imaginar un mundo mejor a través de la construcción colectiva.”

**Mario Yepes-Londoño.** Desde 1972 docente de actuación, de dirección y de historia del teatro, y en particular de puesta en escena de ópera en la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia, donde fundó la carrera de teatro. Dirigió grupos

teatrales de obreros y de reclusos. En 1988 recibió el título de Maestro en Arte Dramático Honoris Causa, y en 1999 el Magíster en Ciencia Política.

Ha sido fundador de los grupos Taller de Artes y El Tablado. Ha sido editor y traductor.

**Carlos Pineda-Núñez.** Diseñador (Universidad Concordia, Montreal, 2005). Fotógrafo autodidacta. Ha fotografiado para el departamento de arquitectura de la facultad de planeación de la Universidad de Montreal obras de arquitectura contemporánea en Europa y Norteamérica desde 1994 hasta 2009. A partir de 2016 se dedica a documentar y fotografiar la zona cafetera central de Colombia, publicando hasta la fecha (enero 2026) nueve libros enfocados en su cultura, paisaje y arquitectura.

**Carlos-Andrés Loaiza G.** Ingeniero Electrónico de la Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales. Maestría en la Universidad Técnica de Aachen (Alemania). Desempeños profesionales en Alemania.

**Francisco Ramírez-López.** Arquitecto y Diseñador. Prestó servicios profesionales en: Banco de la República, Departamento de Planeación Nacional, Promotora de Vivienda Cooperativa (Provicoop). Profesor de Arquitectura y Diseño Industrial en Colombia y en el exterior: Universidad Católica de Colombia, Universidad Piloto de Colombia, Universidad Javeriana de Bogotá, Universidad Jorge Tadeo Lozano, en la República Dominicana (Altos de Chavón, Escuela de Diseño), Minneapolis College of Art and Design, Isthmus – Escuela de Arquitectura y Diseño en Panamá y Universidad Autónoma de Manizales (UAM). Pintor y escultor.

Las ilustraciones en las sangrías de primera página de los artículos, son obra de Gabriela Ruiz-Jara, quien ya ha sido ilustradora en esta Revista. Y las imágenes de bordados son obra de Livia González.



Ezequiel Gabrielli

PARA LIVIA → "TÍO CAMINANTE"  
LA TECNICA SUMI-E LA APPENDÍ "DE OÍDO"... CON  
DE UN SOLO COLOR Y CON UN SOLO PINCEL.  
PERO OCASO METÍ OTRO COLOR AL VEDO' LA MITAD DE LA  
TECNICA SUMI-E O LAS  $\frac{1}{2}$  SUMI-E  
O LO QUE ES LO MISMO Y... SUENA BIEN!  
SEMI - SUMI - E

Ezequiel / VII-2020

**Enero/marzo, 2026. ¡Año 60!**

Ciclos – Manuscrito autógrafo /Rubén-Darío Flórez A./	1
Manifiesto por la vida /Pedro Zapata P./	2
Cepeda-Samudio y Rogelio Echavarría (dos centenarios 2026) /Claudia De Greiff/	4
El cultivo de la música popular y la clásica, en Colombia /Mario Yepes-Londoño/	18
Reconocimiento del Japón al Académico/Humanista Guillermo Páramo-Rocha: Ofrecimiento del Embajador y Respuesta del homenajeado	29
Sigiloso sentir de las ausencias /Carlos-Enrique Ruiz/	34
Unos recuerdos /Carlos Pineda-Núñez/	37
Relatos de viaje (Tailandia) /Carlos-Andrés Loaiza G./	45
Narrativas intergeneracionales /Pedro Zapata P./	51
Tema libre /Francisco Ramírez-López/	57
N O T A S	
Sobre el libro El poder inefable de la música ( <i>Darío Valencia-Restrepo, 2025</i> ) / Algunas opiniones sobre la obra: de Martha Senn, de Nelson VallejoGómez, de Mario Gómez-Vignes // Día mundial de la Filosofía (por <i>Orlando Londoño B.</i> ) // En memoria del Profesor Emérito, Arq. Mario BarrenecheVélez (por <i>Victoria-Luisa Aristizábal M.</i> ) // Nos escriben... // Hemos recibido...	62
Patronato histórico de la Revista	72
Colaboradores	73